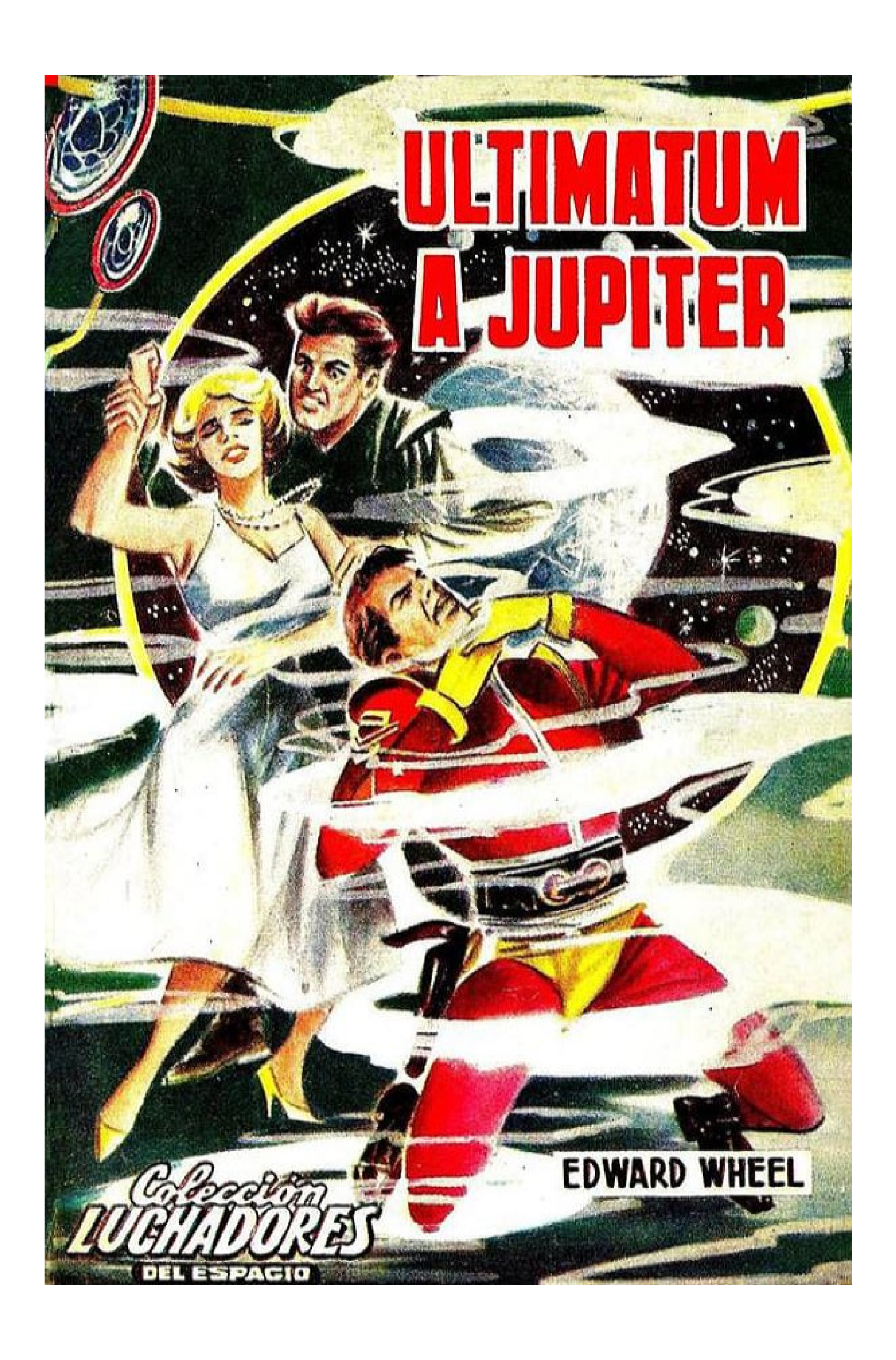

ULTIMATUM A JUPITER
EDWARD WHEEL
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

ULTIMÁTUM A JÚPITER

Bolsilibros - Luchadores del Espacio Nº 219

Las cinco astronaves enviadas por el general Mankiewicz, en misión de rescate, se posaron juntó al grupo que formaba el ministro de Defensa Interior de Júpiter y los dos jóvenes.

Una amplia sonrisa distendió los labios de Walter Asmore.

—Dentro de unos minutos estaremos en el satélite, que es tanto como decir en casa.

Gladys le miró embelesada. Cada segundo que transcurría sentía crecer su amor hacia el joven.

Walter empujó rudamente a Larkten. Tenía prisa por cruzar los cincuenta metros de llanura roja que los separaban de las astronaves y de sus compañeros.

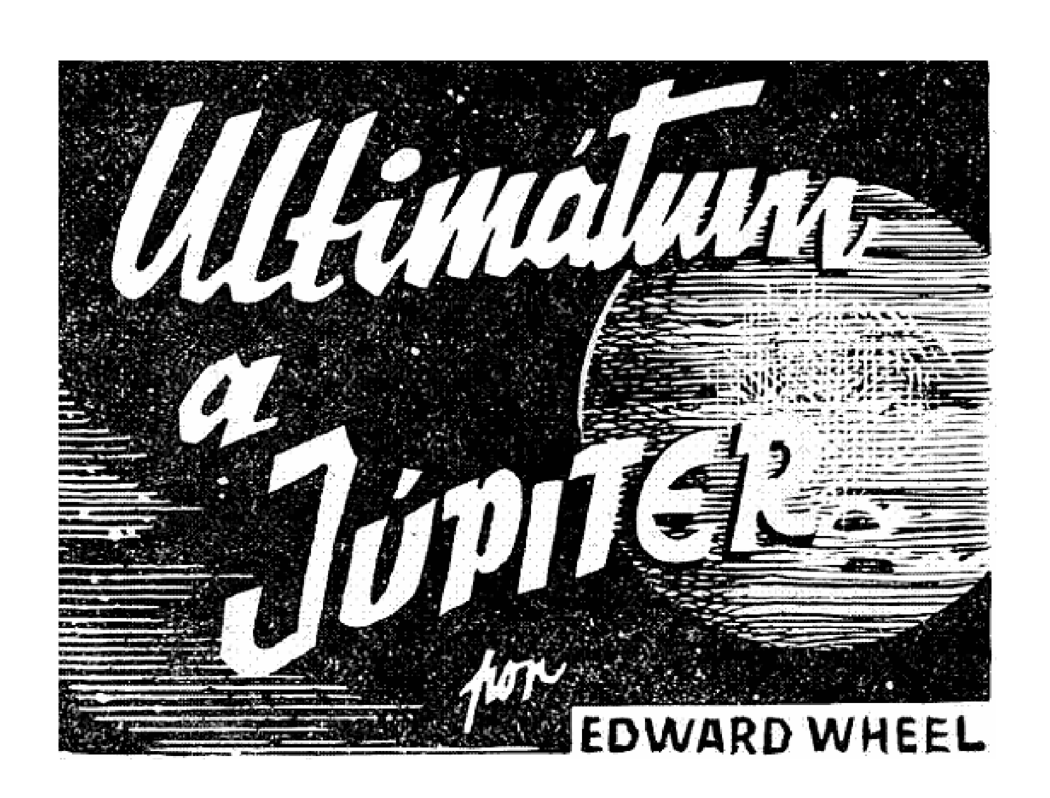
Se abrió la escotilla de una nave y en el hueco apareció el rostro moreno y sonriente del comandante Last.

Walter le saludó con la mano y apresuró el paso.

De pronto, Ank Larkten palideció intensamente y se detuvo en seco.

Colección: Luchadores del Espacio
UUID: a6c8a109-c471-417d-bdbc-0739a9e6a105
Generado con: QualityEbook v0.84


Edward Wheel
ULTIMATUM A JUPITER
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


Ultimátum
a
Júpiter
por
EDWARD WHEEL

Capítulo I

LAS cinco astronaves enviadas por el general Mankiewicz, en misión de rescate, se posaron juntó al grupo que formaba el ministro de Defensa Interior de Júpiter y los dos jóvenes.

Una amplia sonrisa distendió los labios de Walter Asmore.

—Dentro de unos minutos estaremos en el satélite, que es tanto como decir en casa.

Gladys le miró embelesada. Cada segundo que transcurría sentía crecer su amor hacia el joven.

Walter empujó rudamente a Larkten. Tenía prisa por cruzar los cincuenta metros de llanura roja que los separaban de las astronaves y de sus compañeros.

Se abrió la escotilla de una nave y en el hueco apareció el rostro moreno y sonriente del comandante Last.

Walter le saludó con la mano y apresuró el paso.

De pronto, Ank Larkten palideció intensamente y se detuvo en seco.

Walter le imitó y dirigió una mirada a su alrededor. Inmediatamente sintió que el cabello se le erizaba.

A través de las transparentes cabinas, divisó a los pilotos. Los hombres parecían estar expuestos a una potente luz que les proporcionaba un aspecto translúcido.

Gladys se arrimó junto al cuerpo del muchacho, mientras miraba la escena con ojos dilatados por el más vivo asombro.

La luz que alumbraba a los hombres pareció aumentar durante una pequeña fracción de segundo y nimbó las siluetas de un halo fosforescente. La intensidad lumínica aumentó hasta el punto de impedirle mirar fijamente la escena.

—¿Qué clase de nueva estratagema es ésta, Larkten? —preguntó el joven apretando la pistola ciclotrónica contra los riñones del diabólico ministro.

El hombre de Júpiter no contestó. Su pánico era muy superior al que comenzaba a invadir a los dos jóvenes.

Walter volvió a mirar en dirección a las astronaves.

La luz que iluminara momentos antes a los pilotos, había decrecido en intensidad, pero, en cambio, los hombres parecían objetos vistos a través de lentes deformantes. Sus siluetas se estaban dilatando extrañamente y los colores habían sufrido una trasposición que los convertía en negativos fotográficos vivientes. Bueno, esto de vivientes parecía ser una ilusión porque ninguno de aquellos hombres hacía el menor movimiento.

—¡Ordene que cese el efecto de «eso» sobre mis compañeros o le desintegro! —exclamó Walter, profundamente alterado.

El malvado ministro hizo una mueca de terror y articuló:

—No… no… puedo hacer nada; las defensas automáticas obran por sí solas y…

Las imágenes de los cinco pilotos empezaron a difuminarse con gran rapidez. Un segundo más tarde, las cabinas estaban completamente vacías. De los hombres que las ocupaban minutos antes, no quedaba el menor rastro.

Walter miró a Gladys con la mayor sorpresa. La joven estaba profundamente pálida y sus ojos parecían a punto de saltar de las cuencas. El joven sintió que un profundo estremecimiento conmovía todo su ser.

Las palabras que el ministro pronunciara antes de salir de la ciudad subterránea, adquirían ahora un trágico significado.

¿Qué clase de misterio encerraba la desaparición de sus compañeros?

Walter no había sentido ninguna clase de ruido. Ninguna explosión precedió a la desaparición de los hombres que tripulaban aquellas astronaves. Tampoco vio destellar ninguna clase de radiaciones que indicara la presencia de un arma secreta en las cercanías. ¿Entonces?…

Su cerebro era un enorme caos en el que danzaban, alocadas, multitud de ideas.

Miró hacia el rojo cielo de Júpiter.

La base policíaca que mandaba su jefe, el general Mankiewicz, seguía suspendida en el espacio. No pudo observar en ella ningún

movimiento que indicara alarma o intención de retirarse o atacar.

—¿Es que no se han apercibido de lo que está ocurriendo? —dijo Walter como si pensara en voz alta.

—Es… es horrible—contestó-Gladys cubriéndose la cara con ambas manos.

—¡Vamos a una de esas astronaves! —ordenó el joven comandante —. Hemos de llegar cuanto antes al satélite artificial y comunicarle a mi jefe lo ocurrido.

El terror del ministro aumentó hasta adquirir caracteres de locura.

El hombre se lanzó al suelo y, llorando, exclamó:

—¡No! ¡A las astronaves no! ¡No quiero morir! ¡Huyamos!

Una rabia inmensa se apoderó del muchacho. Con un gesto de profundo asco, engarfió la mano en la pechera del ministro y le arrastró despiadadamente. De buena gana le hubiese abandonado, pero un sexto sentido le estaba avisando que el hombre de Estado les serviría como escudo contra cualquier ataque. Además, estaba lo de la sala de controles electrónicos secreta. No podía abandonarle. El peligro para la federación interplanetaria era demasiado real y no había otra solución que hacerle confesar a Larkten su emplazamiento. A toda costa había que destruir los servomandos instalados en el lugar secreto.

Con grandes dificultades llegaron junto a la astronave que tenía la escotilla abierta.

Walter aupó a Gladys y él mismo se introdujo arrastrando al ministro, que se debatía frenéticamente.

Un calor inmenso invadía el interior de la cabina de mandos. Del comandante Last no quedaba ni rastro.

Una furia inmensa se apoderó del joven al comprender que su compañero había sido víctima de algún arma infernal que le había desintegrado. Pero ¿cómo? —volvió a preguntarse.

Un feroz puñetazo arrojó al lloroso ministro contra un asiento de la cabina.

Walter le entregó la pistola a Gladys y con una mirada le indicó que vigilase al semiinconsciente Larkten.

El se dirigió al tablero de mandos y manipuló en el encendido de los motores.

Los cinco pulsadores rojos fueron apretados, uno tras otro, sin resultado práctico. El familiar rugido de las turbinas nucleares no sucedió a su acción de conectar la puesta en marcha.

El joven miró desconcertado los complicados mecanismos

distribuidos ante sí.

Ninguna de las agujas contenidas en las esferas respondía a sus maniobras. Hasta el reloj del salpicadero se había parado. La ligera astronave no era más que un cuerpo inerte posado en la extensa llanura jupitense.

En un intento desesperado, abrió el conmutador del radiovisor.

Al menos, comunicaría a su jefe lo que estaba ocurriendo.

Pero aquí también fracasó. La pantalla continuó oscurecida, muda, con esa mudez de las cosas muertas.

Gruesas gotas de sudor invadieron la frente del joven. Nunca en sus seis años de constante servicio se había encontrado en una situación tan extraña como ahora.

Durante unos segundos reflexionó, procurando poner orden a sus ideas. Lo sucedido a los pilotos de las astronaves le mostraba claramente que el ministro no mintió al decirle que disponían de armas poderosas. Y si no le mintió, el satélite artificial que mandaba su jefe estaba corriendo un gravísimo peligro. Al descender a doscientos kilómetros, había entrado de lleno en la zona que dominaban las armas enemigas. Cierto que el general disponía de armas terribles, pero…

Se puso en pie y arrastró al ministro afuera.

Gladys les siguió en silencio. Le bastaba ver la cara de su prometido para comprender que el momento era dramático.

Un silencio de muerte rodeaba al pequeño grupo de astronaves. La inmensa llanura continuaba desierta, como si jamás la hubiesen hollado seres humanos.

El gran satélite mandado por el general Mankiewicz, seguía en el mismo sitio. «¿O había descendido?» se preguntó Walter sintiendo que sus temores iban en rápido aumento.

Lo miró con ansiedad, temiendo que sus ojos le confirmaran lo que presentía.

En efecto. La base policíaca descendía lentamente, pero de una forma continua. Apenas distaba unos ciento cincuenta kilómetros del fatídico planeta.

Las astronaves que habían estado trazando círculos a su alrededor, habían desaparecido y algunas de ellas yacían destrozadas en el suelo.

Extrañas luces brotaban de vez en vez del satélite dando la impresión de rayos que rebotaran en su estructura.

Comprendió que el cuartel general de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario había sido envuelto en las redes de algún arma

misteriosa. Un arma que, semejando a un inmenso e invisible pulpo, lo atraía hacia su guarida para destruirlo.

El generador de interferencias que anunciara Larkten, había entrado en acción y, mientras funcionase…

Capítulo II

LA gran pantalla que había ante el coronel Diwst adquirió un color verdoso, y las imágenes de los cinco pilotos que tripulaban las astronaves de rescate se distorsionaron. Unas ondas concéntricas aparecieron en el cristal dando la sensación de ser proyectadas al interior de la torre de control.

—Las astronaves que hemos enviado a recoger al comandante Asmore están siendo atacadas, señor—expresó el coronel.

El general Mankiewicz se acercó rápidamente a la pantalla donde estaba su segundo y presenció el extraño cuadro con el ceño fruncido.

En aquel momento, los pilotos desaparecieron y el ovalado cristal quedó invadido íntegramente por las ondas que parecían multiplicarse vertiginosamente.

Una intensa palidez cubrió el semblante del general.

Abrió la boca para dar algunas órdenes, pero éstas no llegaron a brotar de sus labios.

Una infinidad de luces centelleó alocadamente desde todos los puntos de la torre de control.

Simultáneamente, habían entrado en acción todas las esferas e indicadores, danzando de un sitio a otro de sus graduadas escalas.

Un fuerte estremecimiento conmovió todo el satélite policíaco, haciendo vacilar a los dos hombres. La cobertura de materia pura que protegía la base, pareció comprimirse y arrugarse por diferentes sitios a la vez, mientras un rumor sordo acompañaba al extraño fenómeno.

Los dos hombres se miraron desconcertados.

—Nos están atacando con rayos cósmicos, coronel—dijo Mankiewicz palideciendo aún más—. Ponga en marcha los generadores de cobertura

contra radiaciones, y que funcionen los motores. Hemos de elevamos a dos mil kilómetros. ¡Rápido!

El coronel Diwst manipuló en los servomecanismos de control y un nuevo contingente de aparatos entró en funcionamiento. Sin embargo, cuando intentó acelerar los motores de fuerza motriz, comprobó que los mandos no obedecían. Las agujas estaban quietas, inútiles, igual que si la gigantesca base policíaca estuviese posada en el suelo.

Un sudor frío invadió la frente del coronel. Lo que estaba presenciando significaba el fin del satélite.

—Tenemos los motores interferidos, señor —articuló trabajosamente —. No obedece ningún mando y estamos descendiendo.

El general Mankiewicz reflexionó durante unos instantes y fue comprobando las palabras del coronel.

Su segundo no se había equivocado. Todos los dispositivos que regulaban la marcha del satélite habían dejado de funcionar. En cambio, los demás sectores continuaban marchando con normalidad.

En aquel momento el altímetro marcó una distancia de ciento sesenta kilómetros del rojo planeta.

El general conectó los detectores de radiaciones. Pretendía localizar el sitio exacto desde donde le estaban atacando.

Los aparatos oscilaron dudosos durante unos segundos. Al fin, sus mecanismos giroscópicos se fijaron en dirección a la serie de construcciones que aparecían en un extremo de la llanura.

Un detenido reconocimiento le demostró que en aquella agrupación de casas no había ningún ser humano. Seguramente, allí estaban instalados los generadores de rayos cósmicos y los proyectores, pero se les hacía funcionar desde otro sitio.

Mientras comprobaba estos extremos, el satélite había seguido descendiendo continuamente y el punto inferior de su enorme esfera no distaba más de setenta kilómetros del suelo jupítense. Unos minutos más y…

—Prepare el proyector número tres—ordenó el general.

El coronel salió de su inmovilidad y conectó la torre de control con la sección de super-armas.

—Proyector número tres listo para el disparo, señor—contestó con voz tensa.

—Diríjalo contra aquel grupo de construcciones y póngale el potenciómetro a cinco.

A través de la pantalla se vio girar, sobre la pesada base que le

servía de soporte, una especie de campana de metal brillante y, cuando el general ordenó hacer fuego, una explosión luminosa estalló en el interior del proyector. No hubo ruido ni trepidación. Todo se redujo al cegador destello que duró varios segundos.

Los efectos, sin embargo, fueron terribles.

El pequeño grupo de edificaciones se puso al rojo vivo y no tardaron en fundirse bajo los millones de grados que había desencadenado la terrible arma de ondas ultrasónicas.

Inmediatamente, los motores de la base policíaca quedaron libres de la interferencia que habían estado sufriendo.

El general lanzó un suspiro de satisfacción y, volviéndose a su segundo, dijo:

—Vamos a invadir Júpiter, coronel.

Diwst le miró asombrado, como si no diera crédito a lo que acababa de oír.

—Hablo en serio, coronel. Vamos a lanzarnos sobre ese planeta que por sí solo es mayor que todos los otros que integran nuestro sistema planetario.

—Pero, señor, nuestras fuerzas… No contamos con elementos suficientes para invadir este mundo y sojuzgarlo.

—No pretendo sojuzgar Júpiter, coronel. Lo que vamos a hacer es establecer una cabeza de puente, mejor dicho, proporcionarle a nuestras fuerzas de invasión el sitio donde posarse.

Sin esperar a que el coronel saliera de su asombro, empuñó el micrófono de comunicación interior y dijo:

—¡Atención! Torre de control a pilotos de astronaves. Prepárense para lanzarse al espacio. Deberán situarse a mil kilómetros y rechazar a cualquier enemigo que intente aproximarse, ¡Listos para el despegue!

La cúpula de la torre de control destelló con luz roja.

Los motores de las cinco mil astronaves atronaron el satélite artificial con el rugido de sus motores.

A una señal del general, la luz se tornó verde, y el ejército de astronaves se lanzó al cosmos en apretadas filas que semejaban un enjambre de ligeras avispas.

Acto seguido, entraron en acción los cincuenta mil robots que componían el cuerpo de asalto.

Los capitanes agruparon a los componentes mecánicos de sus compañías y, encabezándolas, se lanzaron al exterior.

Dirigidas por sus jefes humanos, volaron en diferentes direcciones de

la gran llanura que había elegido el general Mankiewicz como objetivo.

Hombres y máquinas evolucionaron perfectamente, valiéndose de los pequeños propulsores de que iban provistos.

Unos minutos más tarde los hombres-máquinas formaban un enorme círculo que se iba ensanchando con lentitud.

Sus cerebros positrónicos registrarían escrupulosamente el terreno y nada escaparía a sus sensibles sentidos.

La ofensiva había dado comienzo.

Y la réplica no se hizo esperar.

Miles de coches aéreos aparecieron por todos los puntos cardinales.

Venían ocupados por millares de prisioneros privados de voluntad, pero armados hasta los dientes.

Desde el espacio, las astronaves dieron la voz de alarma advirtiendo al general que un gran contingente de naves enemigas estaban despegando de los ocho satélites de Júpiter y tomaban rumbo hacia ellos. Sus tripulaciones estaban íntegramente formadas por prisioneros.

Una mueca de rabia contorsionó el rostro del general.

La alternativa que se le presentaba repelía a su conciencia.

Si usaba las armas de que disponía, en contra de aquellos millones de hombres que se le enfrentaban, exterminaría a compatriotas suyos. A hombres que pertenecían a su confederación. Seres que no habían cometido otro delito que el ser prisioneros y estar subyugados por aquel poder infernal que les privaba de voluntad.

—¿Qué piensa hacer, señor?—preguntó el coronel Diwst, con el rostro descompuesto.

El general emitió un bufido de indignación y dio varios paseos por la cabina de control.

—Esta es la mayor jugarreta que me han hecho en mi larga vida de militar. No sé qué hacer, Diwst. Si luchamos contra ese ejército fantasma que nos envían, cometeremos una masacre. Un crimen que nos impedirá en lo sucesivo vivir tranquilos. Son hombres de nuestros mundos. Pero aunque fuesen de este planeta, tendría los mismos escrúpulos. Un ser privado de voluntad es un irresponsable de sus actos y, siendo así, ¿cómo podremos destruirlos?

—Por el contrario, ellos están dispuestos a terminar con nosotros, señor — dijo el coronel—. ¿Qué debemos hacer? ¿Y cómo ha podido suceder esto si el comandante Walter Asmore aseguró que los servomandos que manejaban las defensas de Júpiter estaban destruidos? ¿Llevaría razón la muchacha en lo que dijo?…

Diwst no se atrevió a completar la idea que le rondaba por la cabeza. Era demasiado grave para decirlo.

El general comprendió las dudas que asaltaban a su subordinado, y los temores que en un principio había sentido él mismo, aumentaron con rapidez.

—Lo que está pensando no tiene sentido, coronel—dijo como para convencerse a sí mismo—. Usted conoce perfectamente al comandante Asmore. Le conoce casi tan bien como yo mismo. A los dos nos consta que es incapaz de traicionamos. Sobre este particular, no admito ni una duda. Algo ha debido suceder desde el momento que nos comunicó las últimas noticias. Algo que ha cambiado las cosas hasta el punto de encontrarnos atacados y, por la calidad de nuestros enemigos, indefensos. Ya ve, estos hombres que se dirigen contra nosotros, con el decidido propósito de destruimos, incluso a riesgo de perder sus vidas, son personas que, en estado normal, se hubiesen sacrificado por nuestro triunfo. El comandante Asmore ha podido sufrir un estado parecido al de esos seres y, si así fuera, tendríamos derecho a tacharlo de traidor?

El coronel bajó la cabeza y no dijo nada. Las palabras del general le hacían enfocar la cuestión desde un punto diferente.

—Pero hemos de hacer algo, señor. Dentro de unos minutos estaremos cercados y comenzará el ataque. No podemos consentir que se apoderen de esta base. Nuestra responsabilidad sería enorme. Si tal sucediera, no significaría solamente nuestra derrota, los secretos militares que encierra el satélite bastarán para que las cortinas electrónicas que protegen a nuestros mundos sean perfectamente inútiles. Toda la confederación quedaría inerte ante el ataque de las fuerzas jupitenses.

Los dos jefes policíacos se miraron durante unos segundos en silencio. Ambos estaban embargados por encontrados pensamientos. El deber se enfrentaba con la conciencia. De una parte, tenían la obligación ineludible de destruir cualquier clase de enemigo que se les enfrentara. De otra, estaba el conocimiento de que aquellos hombres que llegaban dispuestos a combatir eran seres irresponsables, inocentes por completo del daño que sus actos pudieran originar.

¿Qué hacer? ¿Qué actitud adoptar ante aquel terrible dilema?

Estas preguntas que el general se formulaba no tenían respuesta. El momento era de una responsabilidad enorme. Cualquiera que fuera su decisión sería contraria a su deber.

Y mientras tanto, los vehículos habían cercado al ejército de robots y

los hombres sin voluntad descendían con las armas firmemente empuñadas y una sola idea en sus mutilados cerebros. ¡Luchar! Luchar hasta el fin, aunque el fin para muchos fuese la muerte a manos de sus compatriotas.

El satélite policíaco también empezaba a estar rodeado de astronaves enemigas. Los pilotos de los aparatos policíacos no habían detenido su avance, esperando las órdenes del general. Ninguno se atrevió a tomar la iniciativa para destruir a los hombres sin voluntad.

Y la lucha se desencadenó simultáneamente en tierra y en el espacio.

Los dos ejércitos estaban frente a frente y las miradas inexpresivas de robots y hombres se examinaban recíprocamente. Por una y otra parte no había el menor reflejo de duda o miedo: todos eran máquinas. La única diferencia estribaba en que unos eran metálicos y los otros, de carne y hueso.

Los fusiles atómicos que empuñaban los hombres esclavizados por Júpiter rompieron el fuego.

Las armas entraron en acción con relumbrones de muerte y centenares de robots se volatilizaron en el_ sangriento amanecer. Un amanecer en el que Walter Asmore y Gladys Kendall habían creído que nacería su felicidad.

Los capitanes que mandaban los robots se hallaban agrupados en el centro del círculo, con los cerebros electrónicos que dirigían sus huestes. Al igual que el general no sabían qué partido tomar.

Y mientras tanto, el satélite estaba totalmente rodeado por millares de astronaves que disparaban sin cesar sus armas nucleares.

Las cortinas de protección que envolvían a la base policíaca sufrían un constante estremecimiento ante los impactos de las armas enemigas.

Un sordo fragor atronaba el interior del satélite y la atmósfera artificial se agitaba con sus vibraciones.

—¿Qué actitud tomamos, señor?—fue la trágica interrogante que los capitanes del ejército de robots y los pilotos de las astronaves hicieron a través de la radio.

Era un grito desesperado. Un grito que pedía que se les dejase combatir y que al mismo tiempo temía que llegase la orden de ataque.

Capítulo III

WALTER observó las maniobras del satélite mandado por su jefe y, al ver cómo destruía el grupo de construcciones, comprendió que la interferencia había cesado.

Con rapidez, se dirigió a la astronave que había pilotado el comandante Last.

El ministro intentó resistirse, pero entre los dos jóvenes le arrastraron, mientras que los primeros robots policíacos se lanzaban a la invasión de Júpiter.

Los motores obedecieron ahora dócilmente sus mandatos. La pequeña astronave se elevó con rapidez y Walter la dirigió rectamente hacia la base.

Pero la normalidad no duró más de un minuto. Cuando el aparato había alcanzado los veinte kilómetros de altitud, se sintió presa de una potente y misteriosa fuerza que le hizo desviarse del rumbo previsto.

El joven luchó denodadamente con los mandos, intentando apartarse de lo que presentía como un peligro. Sus esfuerzos resultaron inútiles. Los mandos de la astronave no respondían. La pantalla de radio tampoco se iluminó, cuando intentó establecer contacto con su jefe.

Estaban en pleno espacio y arrastrados hacia un destino misterioso.

Los dos jóvenes se miraron con ansiedad. No hablaron. Sus ojos decían con claridad los sentimientos que en aquellos instantes supremos los embargaban.

Una última mirada les mostró la difícil situación en que se hallaba el general Mankiewicz. Las astronaves enemigas le acosaban insistentemente. Los robots estaban siendo destruidos con rapidez. La catástrofe era inminente.

Walter apretó los labios con rabia. Su aparente deserción haría creer a sus superiores que huía ante el peligro, abandonándolos en el momento más crucial. De allí en adelante, sería considerado como un traidor. Un renegado de su patria y de sus ideales.

Se volvió al ministro que yacía derrumbado en un sillón.

—¿A dónde vamos?

Larkten no contestó. Su miedo anterior había desaparecido y en sus ojos danzaban nuevamente unas chispas burlonas.

Gladys le apuntó con la pistola y su mirada brilló con resplandores de locura.

—Conteste, ¡canalla! Conteste o dispararé hasta terminar con usted y sus diabólicas estratagemas.

Una sonrisa irónica fue la respuesta del ministro.

Walter le abofeteó sin compasión.

—Deja de reír de una maldita vez o te destrozaré a puñetazos, ¡imbécil!

—Nada podéis contra mí—dijo Larkten suprimiendo el usted—. Vuestro destino está en mis manos. Aunque me matéis, no os servirá de nada. En todo caso se agravará vuestra situación. Y, de todos modos, podéis desechar la ilusión de que yo cambie el rumbo de esta astronave. Como podéis observar, está siendo dirigida desde un punto cualquiera de mi mundo y no hay fuerza capaz de apartarla de su destino. Un destino que será pavoroso a vuestros planetas. Pronto seremos dueños de ese satélite, y la invasión a vuestros mundos será un hecho antes que se ponga el sol.

Un puñetazo puso fin a las bravatas del ministro. El hombre se derrumbó inconsciente y un hilillo de sangre le goteó por los entreabiertos labios.

Walter se dirigió nuevamente hacia los mandos de la astronave y forcejeó con ellos durante unos segundos.

—Es inútil que te empeñes en conseguir lo imposible—dijo Gladys. Y sus ojos miraban al muchacho con una profunda pena. En aquellos momentos se olvidaba de sí misma para pensar únicamente en la crítica situación de su prometido.

Walter sintióse invadido por una ternura infinita.

Miró a la muchacha y la abrazó en silencio.

—Ocurra lo que ocurra, siempre te querré. Mi amor está por encima de todos los acontecimientos que puedan surgir.

Los verdes y expresivos ojos de Gladys le miraron felices. Allí, en

pleno cosmos y arrastrados hacia un misterioso destino, el amor triunfaba sobre todas las miserias humanas.

El descenso de las astronaves les volvió a la realidad.

La llanura que ya conocían había quedado atrás, perdida en la inmensidad de Júpiter. Ahora el terreno era accidentado, y un caos montañoso se extendía bajo la nave, que descendía verticalmente.

Unos minutos después, se posó en un pequeño y desolado valle.

Los dos muchachos saltaron a tierra empujando al ministro.

En todo lo que alcanzaban sus ojos, no acertaron a divisar ningún ser viviente. La carencia de vida parecía total. Piedras y tierra rojiza era cuanto había a su alrededor.

—¿Dónde estamos y con qué fin se nos ha traído aquí?—preguntó Walter lleno de recelos.

Una mirada burlona fue la contestación del ministro.

El joven levantó el puño para golpearle, pero una extraña lasitud se apoderó de todos sus músculos, impidiéndole moverse.

Una porción de pared rocosa se descorrió en la falda de una montaña y desde ella se sintió enfocado por un objeto brillante, deslumbrador.

Una carcajada sarcástica brotó de la garganta de Larkten.

Los dos muchachos se sintieron automatizados. Sus piernas se movieron caminando hacia la caverna, pese a que sus voluntades se oponían tenazmente a la marcha.

El ministro los siguió, sonriendo sardónicamente.

El muro rocoso cerró la abertura tras sus espaldas.

Un ascensor ultrarrápido los sumergió en las entrañas del planeta.

Cuando los jóvenes salieron de la caja metálica, la misma fuerza misteriosa los arrastró a través de una serie de pasillos y habitaciones. No tardaron en desembocar en una grande y populosa ciudad subterránea.

Un automóvil los acogió en su interior y, elevándose a una altura de cincuenta metros, se dirigió al centro de la población.

Walter comprobó que, a diferencia de la ciudad que había visitado anteriormente, ésta estaba poblada exclusivamente por hombres y mujeres uniformados. Grandes contingentes de militares deambulaban por las amplias avenidas. Los vehículos que circulaban por todas partes iban a grandes velocidades y todos estaban pintados de un color gris pálido, con grandes placas en su parte posterior, que, seguramente, estarían destinadas a identificarlos con el cuerpo de ejército a que

pertenecían.

El coche que conducía a los dos jóvenes y al ministro se cernió durante unos segundos sobre una gran plaza situada en el centro de la ciudad y aterrizó en la azotea de un edificio de colosales proporciones.

Nuevamente se introdujeron en un ascensor que los llevó a uno de los pisos.

Un inmenso tráfago se observaba por todas partes.

Militares de alta graduación, a juzgar por sus severos continentes, deambulaban de un sitio a otro, originando un constante abrir y cerrar de puertas.

Multitud de miradas curiosas se fijaron en los dos muchachos que caminaban por los amplios pasillos como dos almas en pena.

Sin previo aviso se abrió una puerta ante ellos y entraron en un despacho lujosamente amueblado y de grandes proporciones.

La escasez de luz creaba una semipenumbra que inquietó a los dos prisioneros.

Y mientras la puerta se cerraba a sus espaldas, sintieron que sus miembros quedaban liberados de la misteriosa fuerza que los había arrastrado hasta el lugar donde se hallaban.

Gladys cogió un brazo de su prometido, temerosa.

Una mirada a su alrededor no les sacó de dudas.

Al parecer, la estancia estaba vacía, a excepción de ellos dos y el ministro.

Pero esto era una falsa apariencia, como no tardaron en comprender.

Larkten se había dirigido a un extremo del despacho, precisamente donde estaba situada una gran mesa, y cuchicheaba algo en voz baja.

Los dos jóvenes miraron inquietos en aquella dirección y no pudieron ver a nadie.

En aquel momento, el ministro se había sentado ante la mesa y les hizo señas para que se acercaran. Toda la maldad que encerraba el hombre de Estado volvía a reflejarse en sus pupilas.

—Adelante, muchachos. Estáis en la capital de nuestra confederación y en presencia del presidente.

Walter cogió una mano de Gladys y avanzó unos pasos indeciso.

Un extraño malestar se había apoderado de todo su ser. Con sus ojos desmesuradamente abiertos escrutaba todos los rincones del despacho, tratando de descubrir al invisible presidente.

Una carcajada de matices ásperos le erizó los cabellos.

La risa había sonado en la misma mesa que se sentaba el ministro, pero… allí no había nadie.

De un manotazo se apoderó de la pistola que llevaba Gladys y la dirigió hacia la mesa.

—No se moleste, comandante Asmore. Esa arma es perfectamente inútil. Con ella no podrá hacerme ningún daño.

Las palabras habían partido del mismo sitio que la risa anterior y parecían dichas por un ser incorpóreo. Su tono mismo era extraño y producían el efecto de estar articuladas por una garganta metálica que desgarrara el aire.

Gladys intentó detener el avance de su novio. Estaba profundamente pálida y sus labios temblaban perceptiblemente.

—Vámonos, Walter. No sigas adelante. Lo que nos está sucediendo es horrible.

El muchacho pareció vacilar un momento entre seguir adelante y retroceder, pero las palabras que brotaron del ser misterioso le hicieron enterrar sus temores y seguir avanzando.

—Acérquese, comandante. Sin mi permiso no podrán abandonar esta habitación.

Gladys lanzó un grito de terror y se abrazó a Walter.

«Aquello» se había movido un poco y, al entrar en la claridad que había ante la mesa, se hizo visible para los dos jóvenes.

Walter sintió que el vello se le erizaba y apretó a Gladys contra su pecho.

El extraño ser, si es que podía denominársele de esta manera, no tenía líneas definidas. Semejaba una bola de algo que se parecía extraordinariamente al humo y que, a semejanza de éste, apenas tenía consistencia. Su color era gris azulenco y la extraña esfera tendría metro y medio de diámetro.

Walter encañonó a lo que el ministro había designado como presidente.

El pánico se había apoderado del comandante de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario.

Millares de veces había arriesgado su vida en las misiones que se le habían encomendado y jamás tembló ante la perspectiva de morir, pero, ahora, al enfrentarse con aquel misterioso ser, los nervios dejaron de responderle y, a impulsos del miedo, disparó enloquecido.

Su índice apretó convulsivamente el disparador del arma y la estancia se llenó de brillantes centelleos.

Los disparos se sucedieron con rapidez hasta alcanzar el número de diez, pero Walter había llegado al máximo de pavor.

La masa gaseosa que tenía ante sí, fue hendida por los rayos del arma y los muebles que había detrás desaparecieron desintegrados. Sin embargo, el misterioso enemigo continuó delante. Parecía que los haces de radiaciones pasaban a través de su gaseoso cuerpo sin causarle ningún daño.

Una serie de anillos se formaron alrededor de los impactos, y la nube de humo se descompuso en otros tantos torbellinos que giraron con velocidad creciente.

Gladys volvió a gritar y sus ojos parecieron a punto de saltar de sus cuencas.

Mientras tanto, los anillos de «aquello» habían adquirido diferentes colores y daban la sensación de perseguirse unos a otros a velocidades vertiginosas. Varios de ellos chocaron y se fundieron inmediatamente, tomando el primitivo color gris. Las demás porciones parecieron someterse a la atracción que la mayor masa ejercía sobre ellas y giraron a su alrededor con rapidez espantosa.

La bola aparecía rodeada de un vaporoso círculo que, sin cesar en sus movimientos de rotación, se acercaba al cuerpo principal.

Poco a poco, los bordes interiores se pusieron en contacto con el núcleo, y la imagen se fue redondeando hasta adquirir sus primitivos contornos.

Los movimientos fueron decreciendo paulatinamente hasta cesar por completo, y la nebulosa bola apareció ante los dos jóvenes, tan intacta como estuviera antes de los disparos.

—Ya ha visto que su pistola nada puede contra mí— sonó de nuevo la chirriante voz—. Mi cuerpo está formado por una materia completamente desconocida por ustedes. En esta materia no existe el átomo, comandante y, por lo tanto, sus armas nucleares son perfectamente inútiles.

El terror que dominaba a Walter fue sustituido por el más vivo asombro.

Una multitud de preguntas se agolparon a su cerebro, embotado hasta entonces por el miedo.

—¿Qué clase de ser es usted?

La bola de humo prorrumpió en una risa que causó dentera a los dos muchachos.

—Según la acepción que ustedes le dan a la palabra «ser», no puedo

considerarme como tal.

—¡Eh! ¿Qué quiere decir?—inquirió Walter estupefacto.

—Quiero decir, comandante, que ustedes designan como seres a las personas o animales que nacen, viven y mueren… —

—¿Acaso usted no está sujeto a estas leyes inmutables? —le interrumpió Walter.

—A la primera, puede que sí, pero no a las dos restantes.

—Entonces… ¿qué clase de ente es?

La risa volvió a chirriar burlona.

—Soy un producto de laboratorio, señor Asmore. Pudiéramos decir que soy hermano de sus robots, aunque más perfeccionado.

—Eso no es posible. ¿Cómo puede ser el presidente de la confederación que forman Júpiter y Saturno?

—Porque en mi mundo estamos más adelantados y…

—Pero, ¿usted no está hecho aquí en Júpiter?—le interrumpió nuevamente Walter.

—No. Mi mundo es Saturno. Un planeta que perteneció a otra constelación hasta el momento en que la destrucción de nuestro sistema planetario nos lanzó al espacio sideral. Casualmente, mi planeta fue atraído al sistema de ustedes, como pudo serlo por otro. De eso hace miles de millones de años y, para entonces, ya existíamos nosotros.

—¿Quiere hacerme creer que su edad es de millares de años?—preguntó Walter con manifiesta incredulidad.

—Me limito a contestar a su curiosidad, comandante. Puede creerlo o no, me tiene sin cuidado lo que piense.

—¿Y por qué nos ha traído aquí?

—Era la única forma de rescatar al señor Larkten, al que, por cierto, ha maltratado usted demasiado.

Se hizo un silencio embarazoso. La conversación parecía haber muerto por falta de materia que tratar. Y, sin embargo, Walter tenía la cabeza repleta de preguntas sin contestar. Pero las emociones que había sufrido anteriormente le habían dejado tan agotado, que no se sentía con fuerzas para hablar. Por otra parte, estaba llegando al convencimiento de que nada de lo que pudiera decir o hacer le beneficiaría.

Tenía la sensación de que un destino cruel los esperaba al final de la conversación. Al llegar aquí en sus pensamientos, recordó algo.

—¿Dijo usted que era un producto de laboratorio?

—En efecto, comandante. Lo dije y así es.

Los seres que poblaban la constelación de que antes les hablaba, nos crearon con fines análogos a los de ustedes cuando construyeron los robots. Nosotros también fuimos hechos a imagen y semejanza de nuestros constructores.

—Pero los robots están regidos por nosotros. No piensan por ellos mismos ni ejecutan nada que no se les ordene previamente. En cambio, usted parece tener…

—Autonomía—completó la frase—. Sí, señor. Tenemos autonomía propia y constituimos una nación. Una nación que ustedes no tardarán en visitar.

—¿Piensa enviamos a Saturno?

—Exactamente, comandante. No tardarán en salir para aquel planeta. Allí se les tratará debidamente y usted confesará todos los secretos que tan celosamente guarda. Mientras tanto, procuraremos contener al general Mankiewicz.

Capítulo IV

LA situación es crítica, señor—concluyó el general Mankiewicz ante la pantalla del radiovisor que le mantenía en comunicación con el presidente de la confederación interplanetaria—. Como le decía, estamos siendo atacados por millares de hombres de nuestra confederación. Son pobres seres privados de voluntad y lucharán hasta la muerte defendiendo una causa que es contraria a sus ideales. El satélite está rodeado de astronaves enemigas, tripuladas por estos prisioneros. ¿Qué debo hacer?

Una profunda arruga de preocupación surcó la despejada frente de Howard Hawks. En su despacho de Lanía (Venus) dio unos pasos, recapacitando en la grave situación que el general acababa de exponerle,

—Anteayer se reunió la asamblea de presidentes, general. Acordamos declarar la guerra a la confederación jupitense, pero aunque no hubiese sido así, la guerra sería un hecho. La base policíaca que usted manda ha sido atacada cuando, en misión de su deber, entró en el cielo de Júpiter; con ello, se han violado los tratados. En estos momentos se están ultimando los preparativos. El ejército de invasión saldrá con rumbo a Júpiter antes de tres horas. Las astronaves que llegan a Venus vienen atiborradas de hombres que desean formar parte del ejército expedicionario. Todos, los ámbitos de nuestra confederación están poseídos de un ardor bélico imposible de describir. En cuanto a usted, no tiene otra misión que la de resistir hasta que lleguen los refuerzos. He dado orden de que usted dirija la campaña. Es el más indicado, puesto que conoce perfectamente el objetivo que se ha de atacar.

—Pero, señor, lo urgente es contener estas avalanchas de hombres sin voluntad que nos atacan. Estoy en una disyuntiva espantosa. ¿Debo repeler el ataque de esos hombres o debo dejarme destruir por ellos? Si contraataco, se perderán cientos de vidas de nuestros compatriotas. Hombres, hermanos nuestros que, bajo el influjo de un poder infernal, han perdido su voluntad y son irresponsables de sus actos… No me atrevo a tomar una determinación, señor. Es demasiada responsabilidad para asumirla yo solo.

—¿No puede replegarse, general?…

—No lo he intentado, señor, pero, en el supuesto de que pudiera alejarme con el satélite, ¿qué haría de los robots y de las astronaves?

—Y, en caso de continuar ahí, ¿podría salvar sus robots y sus naves? —preguntó el presidente con enfado.

—No, señor—fue la desalentadora respuesta.

—Pues, entonces, usted mismo se ha contestado, general. Si ha de perder sus efectivos de todas formas, hágalo cuanto antes. Prefiero que se pierdan cincuenta mil robots a que muera ni uno sólo de esos hombres privados de voluntad. Cuando las fuerzas de ocupación que le envío triunfen, todos esos autómatas humanos recobrarán su raciocinio y serán adictos a sus ideales.

—Pero, ¿y los pilotos de las astronaves, señor? Son diez mil hombres los que integran las tripulaciones. No puedo dejarlos perecer tranquilamente, y, si abro las cortinas de protección para que entren en la base, se filtrarán las astronaves enemigas. ¿Qué pasaría entonces?

—Proceda como le dicte su conciencia, general—dijo el presidente, irritado ante la imposibilidad de resolver por sí mismo la grave situación.

El general miró a su segundo interrogadora— mente. Las últimas palabras del presidente parecían indicar que no estaba dispuesto a dar una orden concreta.

Diwst apartó los ojos y miró al suelo. Al igual que el presidente, rehuía dar una opinión definitiva sobre el camino a tomar.

—A lo que veo—dijo el general con profundo disgusto—, he de ser yo, personalmente, quien decida.

Sus músculos faciales se habían atirantado hasta darle una apariencia extraña. La mandíbula inferior pareció adelantarse en un gesto de reto e, irguiéndose en toda su estatura, exclamó:

—Bien, señores. Yo asumo toda la responsabilidad. Ustedes me han obligado a ello.

Tanto el presidente como el coronel emitieron un suspiro de satisfacción. Los dos confiaban plenamente en la capacidad del general y sabían que cualquier decisión, que adoptase sería la más conveniente.

—Gracias, Mankiewicz—dijo el presidente volviendo a sonreír—. Le deseo suerte… y tenga confianza. Antes de que transcurran muchas horas, saldrán los refuerzos.

—Gracias, señor—contestó el general ceñudamente—. Si no quiere nada más voy a cortar.

No esperó contestación. Sus dedos dieron media vuelta al dial y la pantalla se oscureció. Los acontecimientos le— empujaban a la acción. A una acción que, en cualquiera de los casos, resultaría desastrosa para la causa de la confederación interplanetaria a que pertenecía.

Con el ceño fruncido, miró las pantallas que reflejaban la batalla.

De los cincuenta mil robots que habían iniciado la lucha en tierra, quedaban apenas siete u ocho mil. Las máquinas iban reduciendo lentamente el enorme círculo que describieran al principio y, a cada momento, se producían numerosas bajas, que dejaban amplios huecos entre sus filas.

Los hombres autómatas atacaban sin descanso y destruían sin peligro el formidable ejército que en otra ocasión hubiese causado una tremenda mortandad.

Los capitanes manipulaban nerviosos en los mandos electrónicos, dirigiendo el retroceso de sus soldados mecánicos y sintiendo una rabia sorda ante la destrucción sistemática de que eran objeto. De vez en vez los hombres se miraban desconcertados, preguntándose hasta cuándo iba a durar aquella extraña situación. Media vuelta a un dial de los muchos que había en sus tableros de mandos, bastaría para que la llanura quedara despejada de enemigos, pero era tanta la responsabilidad que llevaba implícito aquel simple movimiento, que ninguno se atrevería a llevarlo a cabo sin orden del general Mankiewicz.

La batalla en el espacio presentaba el mismo aspecto desolador.

El ejército de astronaves enemigas habían dejado de atacar al satélite, convencidos sus tripulantes que nada podrían contra él. En cambio, habían orientado todos sus esfuerzos en perseguir y dar caza a las astronaves policíacas.

Los pilotos del general realizaban verdaderas proezas, intentando evitar a base de destreza el acoso de que eran víctimas.

Todos eran diestros en el manejo de sus aparatos y realizaban un

verdadero torneo de piruetas para escapar de los haces de radiaciones que los perseguían sañudamente. Pese a la habilidad de sus tripulaciones, cincuenta o sesenta naves habían sido ya desintegradas. Si la situación se prolongaba, no había duda de que todas las astronaves terminarían siendo blanco de los impactos enemigos.

El semblante del general estaba descompuesto por la furia. La forma vil en que sus enemigos le atacaban, le ponía fuera de sí. Aquel proceder hacía rebelarse su pundonor militar. Sus enemigos le estaban haciendo la guerra. Una guerra cuyas armas principales estaban dirigidas contra sus sentimientos humanitarios. Era una guerra contra la paz de su espíritu.

—Ponga en marcha el detector ultrasónico, coronel—ordenó Mankiewicz—. Necesito conocer el punto exacto donde están instalados los generadores que alimentan a esa ciudad subterránea de energía.

Diwst obedeció sin rechistar.

El aparato que manejaba se puso en movimiento sobre su base giroscópica.

Varias agujas se movieron en otras tantas esferas graduadas.

Los generadores quedaron localizados a unos cinco kilómetros en dirección norte y a una profundidad de seis mil metros.

Mankiewicz comprobó los datos de un vistazo y ordenó:

—Conéctelo con los cañones número cinco. Vamos a lanzar dos granadas «N».

El coronel palideció un poco e hizo las conexiones oportunas.

Las dos armas serían apuntadas automáticamente por el mismo detector ultrasónico.

A través de la pantalla que reflejaba la sala donde estaban instaladas las super-armas, se vio girar dos imponentes tubos en la misma dirección que marcaba el detector.

El general llevó su índice junto a un botón rojo y, durante una décima de segundo, pareció que lo acariciaba pensativo.

—Cañones número cinco en correcta posición de tiro, señor—anunció tensamente el coronel.

Mankiewicz le lanzó una mirada indefinible y, volviéndose nuevamente a la pantalla, oprimió el conmutador.

Las gigantescas armas escupieron dos objetos fusiformes de unos diez metros de longitud. Durante unos segundos describieron una semi-parábola y, después, impactaron contra la rojiza tierra.

Los efectos fueron espantosos.

Una densa llamarada blanca pareció brotar del centro del planeta, y fue tal su potencia lumínica que eclipsó la luz del sol.

No hubo explosión. Todo se redujo a la deslumbrante llamarada y a un rumor de trueno que hizo estremecerse hasta el último rincón de Júpiter.

Grandes masas de vapores se elevaron en la candente atmósfera, empujándose y retorciéndose trágicamente.

Unos minutos más tarde, cuando los vapores se elevaron sobre el suelo, se vio un tremendo cráter que parecía haber desgarrado las entrañas del gigantesco planeta.

Era un espantoso embudo de paredes negras y requemadas que parecía no tener fin.

La palidez había aumentado en el rostro del coronel hasta convertir su semblante en una máscara de blancura marmórea.

En cuanto al general, ostentaba un gesto de suprema amargura, como si estuviese sufriendo tortura.

En la llanura había cesado la lucha. Los pocos robots que permanecían ilesos habían detenido su retroceso y los autómatas estaban quietos, hieráticos, con las armas en las manos.

En el espacio, las astronaves danzaban de un lado a otro, como pájaros desorientados que no supieran a dónde dirigirse.

El general conectó la banda múltiple en el radiovisor y, pasándose la lengua por los resecos labios, dijo:

—Me dirijo a todos los habitantes de Júpiter y, especialmente, a su gobierno. Acabo de efectuar dos disparos contra una ciudad subterránea. He procurado destruir solamente los generadores que proporcionan luz y energía a dicha ciudad, pero supongo que he causado gran daño entre la población civil. Declaro qu estos métodos están en pugna con mi sentido de la guerra y también contra mi conciencia, pero si el gobierno de Júpiter no retira los hombres sin voluntad que nos atacan, impidiéndonos la defensa, ya que se trata de compatriotas nuestros, seguiré atacando las ciudades de este mundo. No me limitaré a destruir generadores. De aquí en adelante desintegraré por completo las ciudades y morirán millones de seres. Poseo detectores ultrasónicos que localizarán los núcleos de población, y armas suficientes para destruirlos. Repito que a mi conciencia le repele la destrucción sistemática de seres inocentes. Pero si continúan atacándome con las armas de la traición, responderé adecuadamente. También exijo que los prisioneros sean reintegrados a sus campos y que

se les trate de acuerdo con las leyes que se dictaron en la convención interplanetaria. Naturalmente, les será devuelta la voluntad de forma inmediata. Lo que acabo de decir tiene carácter de ultimátum y, si transcurridos veinte minutos no se cumplen las condiciones que acabo de exponer, daré comienzo a la destrucción masiva de ciudades.

Mankiewicz dejó la radio conectada por si el enemigo quería responder a su mensaje y se volvió a su segundo.

Se miraron a los ojos. Los dos sabían que no podían hacer otra cosa que seguir el camino que les habían trazado sus enemigos.

En la torre de control el silencio se hizo tan denso que pareció solidificarse.

—Le felicito por su decisión, señor—dijo el coronel sonriendo pálidamente—. Era la única salida que nos habían dejado.

—Deseo de todo corazón que sean sensatos y obedezcan—dijo el general, suspirando—. Si no lo hicieran…, creo que no me siento capaz de cumplir mis amenazas.

En la llanura, los dos ejércitos seguían inactivos. Las astronaves enemigas seguían su vuelo desconcertado.

—¡Atención a pilotos de astronaves y jefes del ejército de asalto! Habla el general Mankiewicz: regresen todos a la base inmediatamente. Dispónganse a repeler cualquier clase de ataque que pudiera sobrevenir en el momento que las envolturas de protección se abran para darles paso. Coronel, todas las armas preparadas. Si intentan infiltrarse en el satélite, dispare sin contemplaciones, como si los hombres automatizados fueran nuestros peores enemigos.

_ El diezmado ejército de robots se elevó en el aire mediante sus dispositivos propulsores y se dirigieron al satélite.

Las astronaves tomaron el mismo rumbo y aterrizaron a una velocidad fantástica, apuntando inmediatamente todas sus armas hacia la abertura que habían dejado las cortinas de protección.

No había trascurrido diez minutos, cuando el satélite artificial, base de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario, cerraba sus defensas nuevamente. Los hombres y las máquinas habían sido salvados gracias a la decisión de su jefe supremo.

—Parece que su ultimátum ha dado un magnífico resultado, señor—dijo el coronel, esperanzado.

—No han sido mis palabras las que han conseguido este éxito, coronel. Estoy seguro que la tregua no durará mucho. He sabido aprovechar los minutos de desconcierto únicamente. Nos marcharemos

de aquí enseguida.

—¿Piensa retirarse, señor?—inquirió el coronel asombrado.

—Exactamente, coronel. Encárguese de todas las maniobras. Situaremos el satélite a mil quinientos kilómetros de Júpiter, y allí esperaremos hasta que lleguen los ejércitos de invasión anunciados por el presidente. Según nos dijo el comandante Walter Asmore, las armas de este planeta carecen de eficacia a más de novecientos kilómetros. Les evitaremos la oportunidad de atacarnos nuevamente.

—General—dijo la pelirroja y dinámica Kay Buttons, entrando agitadamente en la torre de control—; el comandante Asmore no ha regresado a la base. Según dicen los capitanes que mandan los robots, le vieron subir a una astronave que pilotaba el comandante Last y dirigirse hacia aquí.

—Ya lo sé, Kay—contestó el general—. Le vi cuando venía, pero su astronave fue interferenciada y obligada a tomar otro rumbo diferente…

La muchacha palideció y, a punto de romper en sollozos, le interrumpió:

—¿No vamos a ayudarle, señor? Si le dejamos abandonado a su suerte, Dios sabe los peligros que tendrá que arrostrar. Debemos hacer algo.

—Cumpla las órdenes que le he dado, coronel —dijo el general con acento de cansancio—. Aprecio a ese muchacho como si fuera un hijo mío, pero no puedo arriesgar la seguridad de todos. El deber me obliga a olvidarme de Walter Asmore, por ahora.

—Al menos, déjeme a mí que vaya en su busca—exclamó Kay, con los ojos inundados en lágrimas—. Iré yo sola en una astronave.

El general negó con la cabeza y, como si le costara trabajo articular las palabras, dijo:

—Lo siento, pequeña. Sé cuánto le quieres y que darías gustosa tu vida por salvar la suya, pero me niego a concederte permiso. Es una locura. No conseguirías más que perderte tú también.

Capítulo V

LAS últimas palabras del monstruo produjeron un estremecimiento en Walter.

Gladys dejó de sollozar y se le acercó, como si buscara un refugio a sus temores.

El ministro seguía cómodamente sentado en el sillón y los observaba sonriendo diabólicamente.

No hacía falta ser un lince para darse cuenta que los sobresaltos de los dos jóvenes le divertían grandemente.

—No estoy dispuesto a dejarme conducir a Saturno, señor bola de humo—aseguró Walter abrazando a Gladys—. Si quieren llevarme tendrán que matarme.

—No será preciso llegar a tales extremos, comandante—dijo la áspera voz de «aquello»—. Supongo que se habrá dado perfecta cuenta de que contamos con medios suficientes para llevarlo donde queramos sin demasiadas violencias. Podemos anular su voluntad en el momento que lo creamos necesario.

—Y ya está bien de hacerse carantoñas—dijo el ministro levantándose—. No van a enternecernos. ¡Vamos, sepárense!

Larkten rió cruelmente y, cogiendo a Gladys de un brazo, tiró con fuerza.

La muchacha retrocedió dando un grito de rabia y debatiéndose furiosamente.

Aquello fue más de lo que Walter podía soportar. Hubiera consentido cualquier cosa menos que maltrataran a la joven.

Sin reparar en los peligros que le amenazaban, se lanzó contra el ministro y le golpeó con la culata de la pistola.

Larkten retrocedió unos pasos llevándose las manos a la cabeza y gritando asustado.

Walter adelantó un paso, dispuesto a terminar con sus gritos, pero en aquel momento surgió io imprevisto.

La nebulosa y gigantesca bola de «aquello» se le echó encima y le rodeó por todos los lados. Walter experimentó la sensación de haberse sumergido en una masa de humo. Pero esto fue en el primer segundo. Después, sintió algo viscoso que se le adhería por todas partes, y una frialdad extraña, agobiante, fue apoderándose de su cuerpo.

El joven lanzó una interjección y manoteó desesperadamente.

Sus puños golpearon una y otra vez la etérea materia del monstruo sin otro resultado que cansarse inútilmente. Sentía la misma sensación que si estuviera golpeando al aire. Nuevamente la gigantesca bola se descompuso en infinidad de anillos que giraban y se enroscaban alrededor de sus miembros sin que hubiera forma de impedirlo. Una sensación de ahogo se apoderó de Walter: el terror. Un terror que casi le paralizaba hizo presa en él y se sintió débil para combatir contra su nebuloso enemigo. Oyó un grito de Gladys y sus ojos giraron buscándola.

La joven luchaba desesperadamente contra el ministro a menos de dos metros de distancia.

Larkten la estaba golpeando sañudamente, quizá para vengarse de los arañazos y contusiones que Gladys le había causado.

Un tremendo puñetazo del ministro la envió rodando por el suelo.

La sangre brotó abundantemente por la nariz y la boca de la muchacha, que hacía esfuerzos por levantarse.

Larkten sonrió siniestramente y, con inaudita ferocidad, le dio una tremenda bofetada._

Gladys cayó nuevamente lanzando un grito ronco, desesperado.

El joven sintió que una furia enorme se apoderaba de su ser. Impulsivamente dejóse caer y sus manos se alargaron en busca de la pistola que había soltado al principio de la lucha. La masa que le rodeaba le clavó sus tentáculos gaseosos cortándole la respiración. Pero Walter ya no se preocupaba de defender su vida. Únicamente pretendía salvar a Gladys del canallesco ministro y de sus salvajadas.

Con infinito trabajo, empuñó la pistola. Sus pulmones estaban a punto de estallar por falta de oxígeno. Su enemigo parecía haberse condensado y ahora tenía una consistencia gelatinosa que le oprimía. La frialdad de un principio se había acrecentado y Walter sentía con

repugnancia que el frío, aquel extraño y desconocido frío, iba haciendo progresos por todo su cuerpo avanzando cada vez más.

Con los ojos velados por densa niebla, divisó a Larkten que se disponía a golpear nuevamente a Gladys.

Su mano temblorosa apuntó la pistola y su índice oprimió el disparador.

Un deslumbrante centelleo se produjo en la estancia y el ministro desapareció. Estaba desintegrado.

Walter se dejó caer sobre el duro suelo. Sus músculos carecían de fuerzas para sostenerlo en pie.

El monstruo pareció apretarse contra el exangüe cuerpo, ciñéndolo con su etérea masa.

El frío progresaba cada vez más. Walter lo sintió avanzar camino de su corazón. Era como si millones de partículas de hielo se estuvieran filtrando por sus venas, camino de la víscera cardiaca.

Sus ojos lo veían todo borroso y el pecho se agitaba en demanda de aire. Haciendo un sobrehumano esfuerzo, se agitó espasmódicamente, rodando sobre sí mismo, en un vano intento de desembarazarse de su feroz contrincante.

No lo consiguió. Un grito sonó en algún sitio.

Walter abrió los ojos desmesuradamente y luchó contra la niebla que le entorpecía la visión.

Gladys estaba a menos de un metro de él y le miraba aterrorizada, sin saber qué hacer.

Un segundo después se arrojó sobre Walter, intentando librarlo de «aquello».

La joven mordió y arañó al misterioso enemigo, sin resultado positivo.

El pánico y la desesperanza dominaron por completo a Gladys y, como si pretendiera inyectarle vida a su amado, le besó desesperadamente.

Gladys se sintió rodeada por el mismo ente que lo estaba matando, y el frío empezó a entumecerle los miembros. Si moría Walter, ella deseaba morir con él.

—¡Háblame, Walter; dime algo, querido!

Sus labios se movieron imperceptiblemente, como si le transmitiera un último mensaje.

—¿Qué dices?—preguntó, intuyendo que el ininteligible mensaje tenía una importancia vital.

Pegó el oído a los hinchados y cárdenos labios de Walter, escuchando ansiosamente.

Las palabras salieron sílaba por sílaba, articuladas con infinito trabajo.

Pero fue suficiente. Gladys comprendió lo que se esperaba de ella y venciendo el terror helado que la embargaba, deslizó una mano en el bolsillo del arrugado smoking. Un segundo más tarde, su mano reapareció empuñando el reloj que había sido del ministro.

Sin una duda, dirigió la fatídica esfera contra sus propios cuerpos y apretó varias veces la corona.

Los haces de radiaciones brotaron en chorros intermitentes, envolviéndolos.

Los anillos, en forma de torbellinos girantes en que se había descompuesto la masa de «aquello», tomaron irisaciones escarlatas bajo los fulgores de los rayos. Inmediatamente, perdieron la mareante velocidad a que se movían y parecieron dilatarse. Semejaban volutas de humo que se agrandaban sin cesar. La consistencia gelatinosa que habían adquirido durante el ataque se transformó ahora en una sutil neblina, que se elevó en la quieta atmósfera de la habitación.

Su enemigo, aquel enemigo que había estado a punto de destruirlos, había dejado de existir.

Gladys se arrastró trabajosamente hacia la imponente mesa de despacho y se apoderó de una botella de licor que reposaba sobre el pulimentado tablero.

Bebió directamente del frasco. Estaba al límite de sus fuerzas y necesitaba rehacerse cuanto antes. Walter precisaba de su ayuda.

Un calor vivificante se apoderó de su organismo, desterrando el frío que le atenazó durante los minutos que estuvo envuelta por el presidente de la confederación jupitense.

Apresuradamente, se dirigió junto a Walter y. entreabriéndole los labios, le hizo ingerir varios tragos del fuerte licor. Después, vertió un poco en la cara y le friccionó enérgicamente las sienes.

Varios suspiros entrecortados escaparon de la garganta del comandante. Gladys le movió los brazos practicándole la respiración artificial a fin de que los torturados pulmones se saturasen de oxígeno.

El joven no tardó en abrir los ojos. Aún se encontraba pálido y desencajado, pero sus pupilas miraron con infinito amor a su valiente prometida.

—Eres única, querida—fueron sus primeras palabras. Y no pudo

continuar, porque Gladys se lo impidió con un beso lleno de alegría y de amor. Mientras tanto, los profundos y verdes ojos femeninos le miraron en el colmo de la felicidad.

—¿Y el monstruo? ¿Qué ha sido de él? ¿Dio resultado el reloj?

—Sí, Walter, pasé un miedo terrible creyendo que… que…

El muchacho acarició las satinadas mejillas, que acababan de palidecer al simple recuerdo de la reciente escena vivida.

—Ya pasó todo, querida. Deja de preocuparte por lo sucedido y ayúdame a pensar en la forma de salir de aquí—sus últimas palabras iban encaminadas a disipar los horrores mentales que padecía la joven.

Lo consiguió plenamente.

Los pensamientos de Gladys tomaron otros derroteros.

—¿Crees que podremos escapar, Walter?—inquirió anhelante.

—Lo intentaremos. Hemos de poner la mayor distancia posible entre este palacio en que estamos y nosotros. No olvides que hemos desintegrado al presidente de esta confederación y al ministro de defensa interior.

—¿Cómo saldremos de la ciudad y a dónde iremos?

—He ahí dos preguntas, difíciles de contestar. Creo que aún nos quedan muchas peripecias que pasar hasta que consigamos llegar al satélite mandado por mi jefe. Y, a propósito de mi jefe, voy a ver si puedo establecer contacto con él.

Walter se dirigió al radiovisor que había instalado junto a la mesa de despacho.

Gladys corrió hacia él y le impidió hacer las conexiones.

—No lo hagas, Walter—pidió—. El general Mankiewicz creerá que le has traicionado. Yo… yo… tuve la culpa al decir las cosas horribles que suponía en ti.

Walter apartó la mano femenina, y dijo sonriendo:

—¡Bah! No te preocupes. Mi jefe me conoce perfectamente y tiene plena confianza en mí. No creerá nada de lo que te supones. En fin—terminó—. De una u otra forma, debo saber qué ha sucedido.

Con rapidez, estableció la comunicación y ordenó al policía que estaba a la escucha que le pusiera en comunicación con el general.

El rostro severo de su jefe no tardó en aparecer ante la pantalla.

Sus ojos examinaron durante unos segundos al comandante y, disimulando un gesto de alegría, dijo:

—Comandante Asmore. Sus informes respecto a la destrucción de los

servomandos que manejaban las armas bélicas de este planeta resultaron completamente inexactos. Debido a ello, hemos atravesado una situación comprometida. Justifíquese.

Walter le contó brevemente lo que había sucedido a partir del momento en que comunicara con él, y cuando llegó a la lucha que había tenido con el monstruo y su posterior destrucción las facciones del general se contrajeron en un gesto de preocupación.

—Tiene que salir de ahí inmediatamente, comandante—exclamó—. Lo que acaba de hacer es estupendo para nuestra confederación, pero si le cogen…

No terminó la frase.

—En este momento nos disponíamos a salir de aquí, señor; pero, por si acaso no conseguimos, nuestro propósito, quise advertirle de mis últimos movimientos. Ahora, ya sabe lo que ha sucedido y lo que me propongo.

—La guerra ha sido declarada. Pronto llegará un ejército de nuestra confederación para invadir ese planeta. Quiero decirle que no dude en defender sus vidas aunque tenga que disparar contra quien sea. La guerra es cruel y, para sobrevivir, hay que matar. Suerte y… ¡Ah! Se me olvidaba: Kay se fugó de la base con una astronave. Me pidió permiso para salir en su busca, pero se lo negué. Cuando me di cuenta, se había lanzado al espacio… No sabemos nada de ella…

Una luz que había junto a la puerta del despacho destelló en aquel momento. Walter se despidió brevemente del general y apagó la radio.

—Alguien pretende entrar — dijo Gladys en voz baja.

Walter recogió precipitadamente la pistola y el reloj que yacían en el suelo y se situó junto a la puerta, de forma que al abrirse ésta le ocultase.

La luz destelló nuevamente, indicando que el visitante traía prisa.

Le indicó a Gladys que abriera por medio del conmutador que había sobre la mesa.

Dos hercúleos militares entraron con paso decidido y se encaminaron rectamente hacia la mesa.

Gladys los dejó avanzar escrutándoles con curiosidad.

Uno de ellos miró a la muchacha con indiferencia y preguntó:

—¿Y el señor presidente? Tenemos necesidad de hablar con él inmediatamente.

La puerta del despacho había vuelto a cerrarse en silencio y Walter apuntó su pistola sobre las espaldas de los dos hombres.

—El presidente ha salido. Un asunto urgente…

—¿Quién e s usted?—preguntó con extrañeza el oficial que hasta entonces había permanecido callado.

—Unos visitantes inoportunos, señores—exclamó Walter amenazador.

Los dos soldados se volvieron con sorprendida rapidez.

Sus ojos se agrandaron por efectos del asombro y sus manos se dirigieron hacia las fundas que pendían de sus correajes.

—¡Dejen las manos quietas, señores!—ordenó secamente Walter, avanzando dos pasos—. De lo contrario… dispararé.

Los dos militares se inmovilizaron y en sus rostros apareció un gesto de cólera.

Gladys se acercó por detrás y los desarmó con rapidez.

—Y ahora, caminen hacia la pared, señores. Les recomiendo tranquilidad—dijo Walter con voz acerada—. Cualquier movimiento que se preste a confusiones, les ocasionará la muerte inmediata. ¡Andando!

Los dos hombres obedecieron con desgana.

—Las manos en la nuca—volvió a ordenar el comandante.

Varios pasos le situaron tras sus enemigos, y la culata de la pesada pistola ciclotrónica golpeó sucesivamente la cabeza de los intrusos, que se desplomaron sin conocimiento.

Walter actuó sin pérdida de tiempo. Sabía que los minutos tenían un valor incalculable.

—Vuélvete de espaldas. Gladys—dijo y, cuando la joven obedeció, se enfrascó en la tarea de despojar a los dos hombres de sus uniformes. Desde el momento que los dos militares aparecieron, empezó a trazar un plan que les permitiera abandonar la ciudad subterránea con alguna probabilidad de éxito.

Unos segundos más tarde, arrojó un uniforme junto a Gladys.

—Quítate ese vestido de noche y vístete esas roñas… Y avísame cuando pueda mirar— concluyó sonriendo ante el rubor que había encendido las mejillas femeninas.

La operación se llevó a cabo en pocos segundos.

Guando miró a la muchacha, rió burlón.

El uniforme quedaba demasiado holgado en algunas partes y en otras se ceñía exageradamente denunciando la naturaleza femenina de su actual ocupante.

Unos ligeros toques corrigieron los comprometedores detalles y por último, le puso la amplia gorra, escondiendo en su interior la rubia melena.

—No me extrañaría que cualquier damisela se enamorase de tan guapo oficial— aseguró jocosamente Walter—. Las armas fueron colocadas nuevamente en sus fundas y abandonaron el despacho.

Militares de todas graduaciones seguían pululando por los pasillos del palacio presidencial.

Los dos jóvenes se dirigieron hacia la salida buscando los sitios de mayor bullicio, como medio más seguro de pasar desapercibidos.

—Creo que debemos ser unas personas muy importantes dentro del ejército de Júpiter, señor oficial—expresó Walter en voz baja—. ¿No ves cómo nos saludan todos ésos?

En efecto, la mayoría de los militares que se cruzaban en su camino, adoptaban la posición de firmes y llevaban su mano derecha sobre el corazón.

Un ascensor los trasladó en pocos segundos a la planta baja del enorme edificio y salieron a la calle por la puerta principal.

El tráfico era inmenso. Verdaderas riadas de seres uniformados deambulaban con prisa de un sitio a otro.

Un suspiro de satisfacción escapó de sus pechos al abandonar el palacio. El primer obstáculo quedaba atrás.

Adoptando despreocupación, caminaron por la acera de una amplia avenida, flanqueada por corpulentos árboles.

—Empiezo a creer que estos uniformes serán un magnífico salvoconducto que nos permitirá abandonar la ciudad tranquilamente…

Walter se interrumpió con sobresalto.

Un oficial se había cuadrado ante él y le miraba sorprendido.

—Le llaman del ministerio de la guerra, mi general—dijo, indicando, con la vista, la hombrera izquierda del uniforme que vestía Walter.

El joven contuvo un suspiro de satisfacción y, sonriendo precariamente, contestó:

—Gracias, no me había apercibido.

Los dos muchachos apresuraron el paso, mientras el pequeño círculo de cristal seguía lanzando destellos anaranjados que dibujaban el número que tenía asignado el propietario del traje. El color era, sin duda, el que indicaba el organismo oficial que reclamaba su presencia.

Walter oprimió un pequeñísimo dispositivo que había junto al aparato de señales, dando el enterado a la llamada e impidiendo que

siguiera funcionando.

—Tenemos que apresuramos, Gladys. Pero la verdad es que no sé por dónde se sale de esta ciudad.

La avenida que seguían desembocó bruscamente en una plaza rodeada de amplios jardines y, en aquel preciso momento, los semáforos que regían la circulación destellaron con rojos parpadeos. El mismo sol artificial que alumbraba la ciudad se tomó de un color púrpura y, automáticamente, las personas y los vehículos quedaron detenidos.

Un gran silencio se apoderó de la ciudad. Un ambiente de tragedia lo envolvió todo. Millares de personas permanecían quietas, anhelantes, conteniendo hasta la respiración. Parecía ser el preludia de una gran hecatombe lo que presagiaba la multitud.

Walter y la muchacha se detuvieron tensos y preocupados. Ignoraban por completo lo que sucedía, pero el sentido común les avisaba de que todo aquello era una alarma y que estaba relacionada con ellos.

El joven lanzó una mirada a su alrededor en busca de un sitio donde refugiarse.

A pocos pasos había una puerta abierta.

Sin pensarlo un segundo, cogió a Gladys del brazo y la arrastró al interior.

El local resultó ser un restaurante público.

Los dos muchachos se dirigieron al ambigú electroquímico y pulsaron algunos conmutadores para no llamar la atención del numeroso público que abarrotaba el local.

La máquina electrónica chascó varias veces y dejó caer en un recipiente varios sobres pequeños, conteniendo los alimentos que habían solicitado.

—Vamos a comer y, mientras tanto, veremos en qué queda todo esto —dijo Walter, desliando los alimentos condensados en pequeños comprimidos.

Gladys obedeció en silencio y, mientras deglutía varias pastillas, siguió apretando otros conmutadores. Una cantidad considerable de sobres se acumularon en el depósito de la máquina.

—¿Qué haces? — preguntó Walter, mirando preocupadamente a su alrededor por si alguien había advertido la extraña maniobra.

—Estoy preparándome por si hemos de continuar perdidos en este laberinto. No quiero que nuestros estómagos se quejen de ayunos como el que acabamos de pasar.

—Harás una magnífica dueña de casa— contestó Walter sonriendo precariamente.

La alarma había llegado al interior del restaurante, y las numerosas personas que lo ocupaban, habían quedado silenciosas, como en espera de algo que se iba a producir.

Y en efecto. Los sucesos no se hicieron esperar.

El radiovisor que había situado en un extremo del local cesó en la música que había estado suministrando y, en su pantalla, apareció la cara alterada de un militar.

—¡Ciudadanos todos! Acaba de suceder un hecho de la máxima trascendencia. Un hecho terrible que pone en peligro la vida de nuestra federación ¡Escuchad! Nuestro presidente y el ministro de defensa interior acaban de ser asesinados en el palacio presidencial. Los autores del espantoso crimen son dos asesinos de la confederación enemiga. Fueron sorprendidos y capturados cuando se dedicaban a la tarea de sabotear nuestras instalaciones defensivas. El mismo ministro los condujo ante el presidente para ser debidamente interrogados y, de manera inexplicable, cometieron el doble asesinato. La policía especial de Saturno los busca activamente y se recomienda a todos los habitantes de nuestro mundo que faciliten cualquier dato que conduzca a su captura. Se sospecha que visten uniformes de nuestro glorioso ejército, ya que, mediante el uso de la fuerza, se han apoderado de las prendas que vestían el general de estado mayor Dailan y el coronel Breyl. A continuación reproducimos la acción del crimen a fin de que nuestros escuchas puedan reconocer a los asesinos.

El hombre desapareció de la pantalla y en su lugar vióse el despacho del presidente, en el momento que el ministro de defensa entraba con los dos prisioneros.

Una tras otra, fueron sucediéndose las escenas hasta llegar al momento culminante en que Gladys había desintegrado al vaporoso presidente.

La reproducción se llevaba a cabo por medio de radiaciones infrarrojas y todo parecía tan real que los dos jóvenes, viéndose ante la pantalla tridimensional, creyeron estar viviendo nuevamente el horrible episodio.

Y en aquel momento…

Los dos círculos que había en sus hombreras empezaron a destellar vivamente.

La alarma estaba dada y el acoso empezaba de una forma

implacable.

Walter aprovechó la atención que todos los presentes prestaban a la trágica escena y arrastró a Gladys hacia el interior del restaurante.

Una puerta les dio acceso a los servicios sanitarios. Varias personas salían de los lavabos precipitadamente.

Los dos jóvenes apresuraron sus pasos temiendo que alguien se fijara en sus acusadoras hombreras.

Llegaron al final de la habitación sin encontrar otra salida, La única vía de escape que habían elegido, resultaba una ratonera.

Y mientras tanto, los dispositivos que encerraban los círculos estarían sirviendo a la policía para localizar el sitio exacto donde se hallaban.

Era cuestión de segundos que dieran con ellos y los acorralasen.

Y aquellas malditas hombreras no se las podían arrancar. Walter conocía perfectamente su funcionamiento. Los altos jefes de su confederación utilizaban aquellos aparatos, y no ignoraba que estaban destinados a impedir usurpaciones de personalidad. Si intentaba arrancar los trágicos círculos, se produciría un cortocircuito que los electrocutaría instantáneamente.

¿Qué hacer? Walter recorrió ansioso las numerosas puertas que daban acceso a los lavabos. Casi todas permanecían abiertas, denunciando la ausencia de personas. Sus pupilas se clavaron en tres o cuatro que estaban cerradas.

Sin dudarlo un momento, se dirigió a una y dio unos golpecitos.

Alguien contestó desde dentro.

Walter apoyó su hombro contra la frágil puerta y empujó con fuerza.

Se oyó una exclamación de sorprendida protesta y a continuación un ahogado gemido.

Tres segundos más tarde, Walter reaparecía con un traje civil en las manos.

Sin pronunciar una palabra se lo puso en las manos a Gladys.

—Deprisa, cariño. Entra en uno de esos lavabos y cámbiate de traje. ¡Y, por favor, date prisa! Estamos corriendo un gravísimo peligro.

La muchacha se alejó mientras él repetía la operación en otro de los cuartos que tenían la puerta cerrada.

Cuando estuvieron cambiados de ropa, Walter colocó las guerreras a los dos hombres que había dejado inconscientes y se dirigieron hacia el comedor.

Un pánico atroz reinaba en la sala.

Las personas, agrupadas en corrillos, comentaban medrosamente lo que acababan de ver en la pantalla.

Se encaminaron hacia la puerta procurando no llamar la atención.

Cuando traspusieron el umbral, emitieron un suspiro de satisfacción, que fue bruscamente truncado por la nueva visión que captaron sus ojos.

Una nube de pequeñísimas burbujas transparentes se había detenido ante el restaurante y flotaban a pocos metros de altura.

Su parecido resultaba extraordinario con las pompas que produce el jabón y, a semejanza de ellas, emitían raras irisaciones bajo los efectos de la luz.

Veinte o treinta vehículos voladores aparecieron en aquel momento por distintas direcciones y, a toda velocidad, marcharon hacia el restaurante, haciendo funcionar sus sirenas lumínicas.

Entonces se observó un extraño fenómeno en las burbujas.

Sin previo aviso, se arremolinaron turbulentamente y se adentraron en el local con gran rapidez.

—¡Es la policía de Saturno!

—¡Ya los han localizado!

—No tardarán en pagar el crimen que han cometido.

—Han puesto en gran peligro nuestra confederación.

Los dos muchachos escucharon la gran variedad de comentarios que se suscitaban, mientras los uniformados policías descendían de los vehículos que se habían posado ante la puerta.

—Vámonos de aquí antes que se aperciban de nuestro truco—dijo Walter.

Atravesaron la plaza y los jardines, internándose por una calle menos concurrida.

Caminaban completamente desorientados. Estaban perdidos en una ciudad desconocida y todas las personas que los rodeaban eran enemigos. Para colmo, la policía, aquella extraña y eficaz policía de Saturno, no tardaría en estar nuevamente tras sus huellas. Los trajes civiles que ahora vestían, no serían suficientes para despistar a los sabuesos que les rastreaban. El destino parecía empujarles a un final trágico. Los dos muchachos se miraron con desaliento y en el fondo de sus pupilas brilló una despedida. Habían comprendido que el final no estaba muy lejano.

¿Cuántos minutos o, tal vez, segundos tardarían en localizarlos

nuevamente?

La cruel pregunta les produjo un escalofrío y persistió en sus cerebros como una cruel amenaza.

Capítulo VI

LA ciudad estaba siendo objeto de un minucioso «cribado».

Innumerables patrullas policíacas habían establecido controles en las travesías de las calles y todos los transeúntes eran objeto de un detenido examen.

Todos los aparatos radiovisores de la ciudad daban constantemente noticias de las vicisitudes de la persecución y advertían a los ciudadanos del peligro que representaban los dos jóvenes.

Un tremendo pánico se había apoderado de la población y todos miraban a su alrededor temiendo encontrarse con los dos peligrosos criminales, que las tendenciosas noticias del gobierno tildaban de asesinos sin escrúpulos.

Gran cantidad de vehículos aéreos recorrían las avenidas a escasa altura con los trasmisores de televisión, atronando el aire con sus programas.

Las patrullas policíacas iban de un sitio a otro sin descansar un segundo en su labor de rastreo. Los agentes de Saturno deambulaban también en compactas nubes de burbujas, que tan pronto se agitaban revolviéndose y escrutando detenidamente a un sospechoso, como se lanzaban a una velocidad tremenda por las calles y plazas dentro de los edificios, pues dado su pequeño volumen, se filtraban por cualquier orificio.

—Es cuestión de poco tiempo que den con nostros— aseguró Walter mirando hacia abajo. Gladys le tomó una mano y se la besó en silencio.

Hacía varias horas que permanecían en la terraza de un inmenso edificio. Hasta allí fueron empujados por la tenaz persecución y no tenían esperanzas de poder escapar al terrible cerco. —Lo que no

comprendo— expresó Walter, dubitativo—, es cómo funcionan esos policías burbujas. Es indudable que disponen de un extraño sentido capaz de detectamos, pero, además, pueden dar la voz de alarma y llamar a sus colegas de carne y hueso. Lo del restaurante fue una prueba evidente. Las burbujas habían levantado la caza y esperaron a los cazadores en la puerta. ¿Recuerdas cómo se lanzaron al interior en el momento que llegaron los coches, repletos de agentes?

Gladys afirmó con la cabeza.

—No te tortures más, Walter—dijo, apenada—.

Si nuestro destino es ser apresados…

Se besaron apasionadamente, como si fuera la última vez que pudieran hacerlo.

Unos destellos luminosos pusieron fin a la caricia.

Sobresaltados miraron en todas direcciones, inquiriendo la causa del fenómeno.

Un patrullero policíaco se acercaba raudamente con la sirena luminosa en acción.

Los dos muchachos se ocultaron con presteza tras la balaustrada que rodeaba la amplia azotea. Sus pies se apoyaron precariamente sobre la estrecha cornisa.

El vehículo se detuvo a poca distancia y sus dos ocupantes saltaron con las ametralladoras ciclotrónicas empuñadas.

Walter y la chica se encogieron sobre sí mismos, intentando hurtarse a las miradas de los gigantescos policías.

—Han ido por allí—dijo uno de los hombres, encaminándose decidido en la dirección que se habían ocultado.

Había llegado el momento de vender caras sus vidas. Walter lo comprendió así y extrajo la pistola con infinitas precauciones.

Gladys le imitó en silencio.

Los dos esperaron con el rostro tenso y los corazones golpeando sordamente contra el pecho.

El momento era decisivo. Si no conseguían sorprender a los policías, estaban perdidos. Las armas que portaban eran demasiado peligrosas, y una sola ráfaga bastaría para acabar con ellos.

Walter indicó por señas a uno de sus enemigos. Gladys comprendió e hizo un movimiento afirmativo con la rubia cabeza. Dispararían simultáneamente, eligiendo distintos blancos.

Los dos hombres avanzaban tomando infinitas precauciones y separados por varios metros de distancia.

Varios coches pasaron volando sobre la torre, sin apercibirse del drama que abajo estaban viviendo, en aquellos momentos, cuatro personas.

Gladys se rebulló nerviosa en la estrecha cornisa. Una mirada abajo le erizó los cabellos. A quinientos metros, la gente seguía deambulando tranquilamente, sin apercibirse de las dos siluetas que se aferraban a los salientes del tejado.

—Ahora—dijo Walter. Y su pistola lanzó dos haces de rayos. Gladys disparó también, pero su pulso estaba alterado y falló.

Uno de los policías desapareció inmediatamente. El otro, dio un tremendo salto y se zambulló en el suelo, fuera de la vista de los jóvenes. Su respuesta no se hizo esperar.

Una serie ininterrumpida de explosiones luminosas se produjeron en algún sitio y la balaustrada desapareció a ras del suelo, como si la hubiesen segado con una hoz gigantesca.

Walter volvió a disparar. Lo hizo a ciegas. Sin saber dónde estaba su enemigo a ciencia cierta y sin esperanzas de alcanzarlo. Su propósito era obligarlo a esconderse mientras él gateaba buscando una posición más favorable.

Lo consiguió a medias, porque cuando vio al hombre tendido sobre la materia plástica que tapizaba el suelo, el otro le estaba apuntando con la metralleta.

De un salto imponente, se situó fuera de la línea de tiro. Los mortíferos rayos le persiguieron sañudamente abriendo un gran surco en el suelo. Los vecinos del último piso chillaron asustados.

Walter aterrizó tras unos grandes depósitos de agua y retrocedió inmediatamente.

Asomó la cabeza adoptando algunas precauciones. Creyó que su enemigo le esperaría por el lado opuesto, pero nuevamente se equivocó en sus cálculos. Una nueva ráfaga de radiaciones partió en dos el imponente depósito y la azotea se convirtió en una pequeña laguna.

Disparó varias veces en rápida sucesión y corrió hacia el otro extremo.

Cuando asomó la cabeza, su enemigo acababa de ser desintegrado por un disparo de Gladys.

La muchacha aprovechó el momento en que el policía estaba pendiente de la reaparición de Walter y disparó sobre él.

Ahora avanzaba con las facciones descompuestas en un gesto de infinito horror.

Walter limpió las lágrimas que empañaban los bellísimos ojos femeninos y tomándola de una mano la llevó al coche que habían tripulado los dos agentes.

—Tranquilízate, pequeña — dijo besándola—. Se trataba de su vida o la nuestra. Ya oíste al general: estamos en guerra. Hay que matar para sobrevivir.

El coche arrancó con brusquedad y se remontó sobre los edificios.

El joven lo condujo hábilmente sorteando los demás vehículos y elevándose sin cesar. Su deseo más inmediato era hallar el sitio donde estaba instalado el ascensor que conducía a la superficie. Suponía que estaría estrechamente vigilado, pero había que jugarse todo a una carta.

Continuar en la ciudad subterránea era tanto como facilitar su propia captura.

Puso en funcionamiento la sirena y evolucionó sobre la ciudad, trazando amplios círculos.

No tardó en descubrir lo que buscaba. Allí, en el límite de la inmensa cueva que albergaba la ciudad, reconoció los edificios que daban acceso al ascensor.

Descendió unas manzanas antes de llegar a su objetivo y, a un metro de altura, condujo en la dirección deseada.

Los alrededores estaban infestados de policías camuflados entre los edificios.

Varios patrulleros estaban aparcados en las inmediaciones. Al pasar ante la puerta, divisó una veintena de hombres uniformados en la sala de espera.

Hizo un gesto de contrariedad y se dirigió hacia una travesía próxima.

En aquel instante, el radiovisor instalado en el coche dio la señal de llamada.

Seguramente, les querían hablar desde algún coche o quizás pretendían saber qué hacía aquel automóvil fuera del sector que se le había asignado.

Aceleró al máximo y puso rumbo a las alturas. No podía responder a la llamada, puesto que entonces lo descubrirían inmediatamente.

Tampoco su fuga iba a dar grandes resultados. La persecución se había desencadenado nuevamente. Varios coches se lanzaron tras ellos.

—Atención, atención. Cuartel general de la policía al habla. Los dos fugitivos que se buscan han sido localizados en las inmediaciones de los ascensores de superficie. Conducen un coche de nuestras fuerzas con

matrícula «Z.K.1534», y son perseguidos tenazmente por varios de nuestros patrulleros. Todos los agentes abandonarán los puestos que se les había asignado y seguirán las instrucciones que iremos dando cada dos minutos.

El mensaje había partido de la radio que estaba instalada en el salpicadero y que servía para recibir las órdenes del cuartel general.

Walter empujó furioso la palanca de velocidad y chupó del cigarrillo que Gladys acababa de ponerle entre los labios.

—¿Se te ocurre alguna idea que pueda salvarnos, Gladys?—preguntó exhalando una nube de azulado humo.

—No, querido. Nuestra situación es tan apurada que no encuentro ninguna salida por más vueltas que le doy a mi cerebro. Creo que nada ni nadie podrá librarnos de un final desastroso.

—Aún no estamos en sus manos—respondió Walter apretando los labios con decisión—. Pienso luchar hasta el último momento.

La radio del coche volvió a funcionar dando la posición exacta e indicando la dirección que iban tomando.

El grupo de perseguidores engrosaba rápidamente. De todos los puntos cardinales acudían como avispas irritadas. Algunas ametralladoras emplazadas en los coches, aguijoneaban la atmósfera con sus ráfagas luminosas.

Walter esquivó precariamente a varios atacantes que le habían cortado el paso.

El automóvil que tripulaba se elevó con rapidez salvando el obstáculo.

—Conduce tú—dijo abandonando los mandos y situándose tras la ametralladora giratoria que había emplazada sobre el techo.

Su primer disparo fue contra una compacta nube de policías de Saturno. Las burbujas descompusieron su formación, esparciéndose en todas direcciones y adoptando extraños reflejos por la luminosidad de las radiaciones. Pero no se afectaron por la peligrosa arma.

Walter hizo un gesto de contrariedad. Mientras no consiguiera quitarse de encima a los encarnizados sabuesos, no podría esquivar la persecución de los demás coches. Nuevas bandadas de burbujas aparecieron por todos los sitios. Parecían materializarse en el aire y su osadía llegaba hasta el extremo de rodear el vehículo.

Gladys esquivaba difícilmente a los numerosos enemigos que intentaban cortarle el paso. Cientos de coches danzaban en todas direcciones y cada vez estaban más cercanos. Las armas emitían

brillantes fulgores que encogían el ánimo de los dos perseguidos.

—Elévate todo lo que puedas—ordenó Walter, mientras disparaba la ametralladora de gran calibre en amplio semicírculo.

Los chorros de aire comprimido se dirigieron hacia abajo y los timones de profundidad, de que estaba provisto el coche, le impulsaron hacia las alturas.

Poco después habían traspasado el sol artificial y como éste no emitía luz hacia arriba, entraron en una densa penumbra. El techo abovedado de la caverna estaba tapizado de una materia de tonos azulados que imitaba perfectamente el cielo del exterior.

Los sabuesos siguieron la caza sañudamente.

Gladys conducía casi rozando la lisa superficie que hacía las veces de cielo artificial. Un fallo en su pulso o la más ligera duda los destrozaría.

Los atacantes se veían obligados por esta circunstancia a dirigir sus ataques por los flancos y por abajo.

La ametralladora que manejaba Walter, sin cesar, les obligaba a mantenerse a una prudente distancia.

De esta forma dieron varias vueltas alrededor de la enorme cueva que ubicaba a la ciudad, aproximándose al suelo o elevándose según les obligaba la bóveda.

Eran cientos de vehículos los que evolucionaban con rapidez escalofriante intentando alcanzarlos con sus disparos.

Gladys puso rumbo a la inmensa bola que hacía las veces de sol. El calor aumentó rápidamente haciéndoles sudar.

Velozmente dieron varias vueltas al astro artificial, procurando mantenerse sobre él, a fin de que las radiaciones calóricas no los quemaran.

El ejército de burbujas los siguió en sus evoluciones. Los demás coches se dispersaron en todas direcciones formando un amplio círculo.

De repente, Gladys frenó en seco.

Walter se vio precipitado contra el asiento posterior y, cuando intentaba volver junto a la ametralladora, sintió una profunda sensación de vértigo.

El automóvil, pilotado diestramente por la muchacha, se precipitaba con meteórica rapidez hacia abajo. Uno de los extremos de la ciudad parecía subir velozmente a su encuentro.

El joven cerró los ojos instintivamente y esperó la catástrofe, que parecía inminente.

Súbitamente el automóvil se detuvo en su caída, tomó una posición horizontal y los motores nucleares lanzaron un rugido de protesta al ser obligados al máximo.

Cuando Walter pudo incorporarse y mirar por el parabrisas, vio que se habían introducido por un amplio túnel, seguramente una carretera, que se dirigiría a otra ciudad.

El mensaje que partió de la radio le sacó de dudas.

—Atención. Cuartel General al habla. Los dos fugitivos han entrado en la carretera número tres y van en dirección a Zaigd. Todos los patrulleros deberán perseguirlos. Intentaremos cortarles el paso.

Walter volvió a empuñar la ametralladora y la dirigió contra sus perseguidores. La idea de Gladys al introducirse en la autopista subterránea les había dado un respiro. De momento, no podrían atacarles nada más que por atrás, y él los mantendría a raya disparando de vez en cuando.

Pero el mensaje que acababan de escuchar no dejaba lugar a dudas. En algún punto ignorado, cuando menos lo esperasen, bloquearían el camino y tendrían que detenerse forzosamente.

Aquello era una ratonera como otra cualquiera, pensó Walter con un suspiro lleno de fatalismo.

Curiosamente, examinó la amplia galería.

Tendría unos cincuenta metros de ancho y varias líneas luminosas la dividían en diez secciones, que supuso serían otras tantas pistas. En los muros también había trazos marcados de tres en tres metros, indicando otras pistas aéreas y la velocidad a que se podía ir por ellas.

Las paredes estaban recubiertas de una materia blanca, luminosa, que alumbraba el interior con la misma intensidad que el sol lo hacía en las ciudades.

Walter disparó una corta ráfaga para avisar a sus perseguidores de que seguía dispuesto a desintegrar al primero que entrase en la zona que batía su arma, y se acercó a Gladys.

La muchacha estaba entregada de lleno a la tarea de conducir el automóvil.

El joven puso las manos sobre sus hombros y la besó en la nuca.

—No es preciso que vayas tan deprisa, querida. En un sitio u otro nos detendrán… vale más que retardemos el momento… el último momento, porque no podemos defendemos, ni escabullimos nuevamente… hemos dado comienzo al principio del fin.

Gladys aminoró la velocidad y, echando atrás la cabeza, ofreció sus

labios.

Un beso largo y profundo les infundió nuevos ánimos.

El muchacho regresó junto a la ametralladora para seguir conteniendo a sus enemigos. Sabía que el final sería caer en sus manos o morir; desaparecer volatilizados por cualquier arma enemiga. Como había dicho un momento antes, la autopista subterránea no tenía más salida que la muerte o, lo que era peor, caer prisioneros en manos de aquella gente que no dudaba en privar de voluntad a los infelices que tenían la desgracia de caer en su poder.

Morbosamente, se entretuvo pensando en la suerte que les reservarían a ellos. La muerte del presidente y del ministro de Defensa, más la accidentada persecución, los tendría furiosos.

Una sonrisa trágica curvó sus labios mientras disparaba contra dos coches que se habían acercado demasiado.

Los haces de radiaciones murieron a un metro escaso del morro del que marchaba en cabeza.

Una idea suicida surgió en el cerebro de Walter. Ya que habían de morir, tenían la obligación de causar el mayor daño que pudieran entre sus enemigos. Los enemigos de su confederación.

—Prepárate y, cuando yo te avise, frena de golpe—dijo a Gladys.

La muchacha se envaró en el asiento que ocupaba y esperó tensamente.

Walter asentó los pies con fuerza y sus manos se engaritaron en las asas del arma. Durante un corto segundo, enfiló la ametralladora contra el grueso de los vehículos atacantes y dijo:

—¡Ahora!

El coche se detuvo con un potente zumbido de aire que escapaba por los tubos delanteros.

Walter esperó unos segundos.

El ejército de sabuesos continuó avanzando a toda velocidad sin apercibirse de la mortal encerrona.

Las burbujas policíacas sobrepasaron su presa y, cuando quisieron darse cuenta no tuvieron tiempo de advertir a sus colegas humanos.

El índice de Walter se curvó sobre el disparador del arma y ésta trepidó fieramente al dar salida a un grueso chorro de radiaciones.

La trampa tuvo un éxito completo.

Doscientos o trescientos coches de los que marchaban en cabeza, desaparecieron como barridos por una gigantesca escoba.

Una llamarada inmensa cegó a los conductores que venían detrás y, cuando hicieron uso de sus armas, los dos jóvenes se alejaban a toda velocidad.

Walter se sintió asaltado por algunos remordimientos, pero los acalló pensando que la guerra era cruel en todas sus manifestaciones. ¿No estaban siendo ellos perseguidos como alimañas peligrosas?

Capítulo VII

LA autopista subterránea continuaba desierta y sin fin.

Hacía media hora que la trágica cacería duraba, encarnizada, implacable y sin variaciones.

El ejército policíaco, escarmentado, sin duda por la hábil estratagema de que había sido víctima, guardaba una distancia prudente y se limitaba a seguir tras las huellas de los jóvenes.

Las burbujas también se habían distanciado unos cincuenta metros.

Walter había probado las radiaciones que lanzaba el reloj y dieron un magnífico resultado. Millones de los estrambóticos agentes habían hecho explosión, desapareciendo. Pero a cincuenta metros, el reloj que tan buenos servicios les había prestado en diferentes ocasiones, perdía toda su eficacia y resultaba tan inútil como la ametralladora.

—Al menos nuestros enemigos han aprendido a respetarnos—dijo Walter.

—¿A dónde conducirá esta carretera subterránea, Walter? Parece que no va a terminar nunca.

—A lo mejor nos lleva a la superficie—aventuró el joven, sabiendo que no era así.

—La radio dijo que iba a Zaigd. ¿Será una ciudad subterránea?

—Seguro, querida. Esta gente lleva preparándose para la guerra desde hace muchos años. Además…

El resto de la frase quedó olvidado.

El vehículo había seguido una curva cerrada que describía la autopista e, inmediatamente, Gladys frenó y dio marcha atrás.

Lo que habían estado temiendo desde hacía rato, acababa de

suceder, cuando más descuidados estaban.

A la salida de la curva y, por lo tanto, oculto hasta el último momento, había un muro de materia plástica.

Walter disparó varias veces sobre él, intentando desintegrarlo. Los rayos de su ametralladora rebotaron sobre la lisa superficie sin causarle ningún desperfecto.

El coche, mientras tanto, había estado retrocediendo veloz y Walter enfiló la ametralladora a los enemigos que se les echaban encima.

Su precaución resultó perfectamente inútil.

Como si se hubiese materializado en el aire, otro muro les impedía el paso.

La huida había terminado de una forma inesperada.

Estaban encerrados en un espacio de cincuenta metros. Sus perseguidores se detuvieron al otro lado y, a través de la semitransparente materia, se les vio moverse de un lado a otro.

Los jóvenes abandonaron el coche y miraron a todos sitios, deseando encontrar un camino por dónde continuar la fuga.

No descubrieron nada.

Las paredes no presentaban ningún hueco y el techo era una bóveda rutilante y compacta.

Se miraron en silencio, compadeciéndose mutuamente. Cada uno sentía la suerte que pudiera aguardar al otro. Cada uno hubiese ciado la vida sin vacilar si con ello salvaban al ser amado. Pero ni siquiera tenían el consuelo de poder decidir. Su destino estaba trazado y ellos no podrían cambiarlo. La policía de Júpiter había cerrado el cepo en el momento que sus presas estaban dentro.

Se fundieron en un abrazo que presentían sería el último. Sus corazones latieron con rapidez el uno junto al otro. Gladys miró a su prometido con los ojos dilatados. En su mirada no había miedo. La gloria de su amor dominaba cualquier otro sentimiento, sepultándolo en lo más profundo de su ser. Aquella mirada no tenía otra finalidad que retener en su corazón la imagen amada de Walter. Su acendrado amor le llevaba a grabar en forma indeleble todos y cada uno de los rasgos que formaban la correcta y varonil fisonomía de su amado.

Y, nuevamente, en el instante que parecía haber concluido todo, en el último segundo, cuando a través de las cortinas que les cerraban el paso habían brotado una serie de ondas que los estaban paralizando, los acontecimientos se precipitaron en un maremágnum de acción.

Una porción del techo se descorrió, dejando un hueco de unos

cuatro metros de diámetro.

Walter miró en aquella dirección temiendo un ataque y el más vivo asombro se apoderó de él.

En el borde del agujero y sonriéndole cariñosamente, estaba Kay, la preciosa y simpática pelirroja que el general Mankiewicz le dijera se había fugado del satélite artificial para ir a socorrerle.

Varios hombres aparecieron junto a la muchacha y lanzaron una escala de cuerda.

Walter empujó a Gladys obligándola a subir. La joven empezó la ascensión trabajosamente. La influencia de las extrañas ondas entorpecía sus movimientos.

Los policías comprendieron que se les escapaban y decidieron intervenir.

Los muros de materia que habían bloqueado a los dos muchachos, desaparecieron con la misma rapidez que habían brotado.

Pero entonces ocurrió algo que los sabuesos no habían previsto.

Los hombres que rodeaban a Kay lanzaron varios objetos cilíndricos que fueron a caer entre los hombres uniformados.

Se produjo una gran confusión al pretender apartarse todos al mismo tiempo.

Los pequeños tubos de metal brillante centellearon por efecto de la luz.

Los policías se atropellaban unos a otros intentando alejarse de lo que intuían como un peligro mortal.

Las armas que portaban y los fugitivos, habían sido relegados al olvido. En todas las mentes no había sitio más que para una idea: la de alejarse lo más posible de los brillantes artefactos.

Gladys alcanzó en aquel momento el borde del orificio y los hombres la arrastraron al interior.

Walter empezó a subir la movible escala y, en aquel preciso momento pareció que el infierno se apoderaba de aquel trozo de galería.

Varias explosiones luminosas se produjeron con intervalos de décimas de segundo. Los ojos del joven no pudieron percibir más que un intenso resplandor que lo cegó.

El aire fue empujado con terrible fuerza y se esparció en todas direcciones con la violencia de un huracán.

Fue zarandeado de un lado a otro con extrema violencia y sus manos estuvieron a punto de soltar las cuerdas salvadoras.

Sintió que alguien tiraba de la escala y tuvo la impresión que lo izaban a algún sitio.

Cuando sus pupilas recobraron la visión, se encontró con Kay que lo abrazaba llena de alegría.

Sorprendido, miró a su alrededor.

Seis o siete hombres estaban a varios metros de distancia. Entre ellos, permanecía Gladys, mirándole entre asombrada y feliz.

El sitio donde se encontraban era una especie de galería que, por sus reducidas dimensiones, tenía el aspecto de una tubería dedicada a cualquier fin ignorado.

Entonces volvió a mirar a Gladys y observó que la muchacha empezaba a dar claras señales de enfado.

Sonrió tranquilizadoramente y decidió poner las cosas en su verdadero punto, sin pérdida de tiempo.

Con esfuerzo se desprendió de los brazos de la pelirroja y dijo:

—Gladys, ven aquí. Quiero presentarte a una compañera de trabajo. Esta es Kay Buttons. Kay, esta es Gladys Kendall, la rubia que tú considerabas tan peligrosa y, en la actualidad, mi prometí…

El resto de sus palabras fueron ahogadas por un grito de Kay.

La joven había permanecido en el mismo borde del agujero y, al mismo tiempo que gritaba, cubrió con su cuerpo a Walter.

Una sucesión de explosiones luminosas se produjeron en la autopista y Kay desapareció en el mismo instante que Walter alargaba la mano para arrastrarla lejos de la trayectoria de la ametralladora que empuñaba el policía.

Una inmensa palidez se apoderó del semblante de Walter. Sintió que el corazón se le oprimía y sus ojos se humedecieron. Una pena infinita lo embargó. La muchacha buena y cariñosa que durante tantos años lo adoró en silencio, había dejado de existir. Su amor la llevó a. entregar su vida, salvando la del hombre amado.

Un nuevo resplandor de disparos le sacó de la penosa crisis que la muerte de la muchacha le había ocasionado.

El policía había vuelto a disparar con la intención de alcanzarle.

Rabiosamente, extrajo la pistola y disparó varias veces contra su enconado enemigo.

El policía y la ametralladora que empuñaba desaparecieron conjuntamente.

Kay estaba vengada, aunque, desgraciadamente, este hecho no le devolvería la vida.

—Tome; debe ponerse esto—dijo uno de los hombres, avanzando unos pasos y entregándole un envoltorio—. Es para que no puedan seguirnos—explicó mientras cerraba el hueco que les había dado acceso.

La muchacha tenía otro paquete en las manos y buscaba, azorada, un sitio donde vestirse, fuera de las miradas masculinas.

—Cuando terminen de vestirse, caminen en esa dirección; nosotros les esperaremos un poco más adelante—. El hombre, un joven de unos veinte años, fuerte constitución y rostro agradable, hablaba con seriedad, pero sus palabras tenían amistosas inflexiones que captaron las simpatías de los dos muchachos—. ¡Ah!— dijo volviéndose—. Y no se olviden de dejar ahí esos trajes que visten. No conserven ninguna de las prendas exteriores ni otros objetos que los suyos propios y las armas. Es para despistar a los agentes de Saturno.

Walter deshizo el pequeño paquete y vio que contenía un traje de una sola pieza.

Estaba hecho de una materia gris y era sumamente flexible.

—¿Tú crees que podré meterme dentro de esto, Gladys?—dijo, poniéndolo sobre su cuerpo.

Gladys rió alegremente.

—No sé, querido; parece demasiado pequeño para tu estatura, pero creo que el tejido es elástico.

—¡Hum!—exclamó el joven haciendo un exagerado gesto de duda.

Cuando estuvieron cambiados y Walter se volvió, lanzó un silbido de admiración.

Aunque pareciera imposible que esto ocurriera, la belleza de Gladys había ganado en encantos. E1 traje se ajustaba perfectamente a su cuerpo y realzaba sus rotundas formas.

—Estás preciosa, querida—dijo, mirándola arrobado—. Voy a sentir unos celos terribles cuando te miren.

—Tonto—contestó Gladys sonriendo llena de felicidad—. Sabes que mi cariño te pertenece por completo—. Deseo que todo esto termine para convertirme en la señora Asmore—concluyó mientras se empinaba sobre sus pies para besarlo.

Caminaron con rapidez por el cilíndrico túnel.

El grupo de hombres los esperaba a un centenar de metros.

El que parecía ser el jefe se puso junto a Walter y, durante unos segundos, caminaron en silencio.

—¿Qué hacía Kay con ustedes?

—Me llamo Bardaen, Molt Bardaen y, accidentalmente, dirijo este

pequeño comando con la misión de salvarlos a ustedes. Estos son Brast, Polk, Salers, Wayr, Wihp y Jols.

Los dos muchachos fueron estrechando las manos de los nombrados.

Los componentes del comando eran sumamente jóvenes. Ninguno alcanzaría a los veinticinco años, y parecían estar en un pacífico fin de semana, en lugar de realizar una peligrosa labor con riesgo de sus vidas.

Hechas las presentaciones, el grupo reanudó la marcha.

—La señorita Kay salió del satélite mandado por el general Mankiewicz pretendiendo encontrarlo y prestarle ayuda. Las fuerzas policiacas la descubrieron cuando pretendía infiltrarse en la ciudad y la persiguieron enconadamente. Nosotros la salvamos de caer en sus manos y la llevamos a nuestro cuartel general…

—Pero, ¿quiénes son ustedes?—preguntó Walter, ligeramente alarmado al oír aquello de cuartel general.

—Definirnos no es tan fácil, comandante Asmore—dijo Bardaen sonriendo con ironía—. Para el gobierno de Júpiter, somos bandidos fuera de ley; para ustedes, somos sus salvadores, y para nosotros mismos, hombres que no estamos conformes con el régimen que Saturno ha impuesto a nuestro planeta.

—Así que son fugitivos de la justicia—aventuró Walter.

—Eso es, comandante. Somos fugitivos de una justicia adulterada. Pero nos gusta más que nos llamen rebeldes. Esta es la palabra que define con más claridad nuestra forma de pensar.

—¿Dice usted que Saturno impuso el sistema de gobierno que hay en Júpiter?

El muchacho abandonó el túnel que habían estado siguiendo y descendió por unas desgastadas escaleras.

El camino se había estrechado considerablemente y el comando se veía obligado a marchar en fila india.

Llegar al final de las angostas escaleras les costó más de veinte minutos.

Al fin, desembocaron en una especie de habitación circular de la que se irradiaban diez o doce galerías.

Bardaen se encaminó a una que había a la derecha y, de nuevo, se emparejó a los dos muchachos.

—Usted conoce la clase de gente que mora en Saturno. El presidente era uno de ellos. Son «cosas» frías, ambiciosas, despiadadas… No sabemos, en realidad, cómo clasificarlos, el caso es que pensaron dominar a la humanidad de los planetas que integran nuestro sistema

solar y empezaron por el más cercano. Júpiter resultó un bocado apetitoso para ellos. Su ciencia es infinitamente superior a la nuestra, pero debido a su incorporeidad, están imposibilitados para trabajar los materiales Que se usan en nuestros mundos. Al principio, nos suministraron preciosas fórmulas que nosotros convertimos en instrumentos de progreso. Después, fueron apoderándose de nuestra economía y, más tarde elevaron al poder, gente ambiciosa y sin escrúpulos. El resultado es que han creado una casta que está a su servicio en cuerpo y alma. El ejército, la policía, todas las fuerzas armadas y los ministros no son sino lacayos al servicio de esas repelentes volutas de humo.

Walter se detuvo sorprendido. Lo que acababa de oir ponía en desorden todas sus ideas.

—Pero nosotros hemos visto a la gente civil dispuesta a cooperar con el gobierno—aventuró Gladys.

—Puede ser, señorita—aceptó el jefe de los comandos—. Pero ustedes no pueden enjuiciar certeramente. Las dos ciudades que han visitado están habitadas, casi en su totalidad, por esbirros del gobierno. Hay una gran masa, cientos de miles de jupitenses, que están contra el gobierno y sus crímenes. Nosotros somos los hombres de acción de esas multitudes.

—¿Y qué pretenden con su actitud rebelde? —inquirió Walter, sin saber a ciencia cierta a dónde iba a parar el joven.

La contestación tardó en llegar.

De nuevo habían llegado a una bifurcación de galerías. A la entrada de una había un coche detenido y Bardaen se dirigió resueltamente a él.

Los comandos subieron al vehículo. Polk se situó junto al volante y lo puso en marcha.

Walter y Gladys se acomodaron en el asiento posterior, junto al jefe del reducido grupo.

—Pretendemos conseguir la independencia, comandante Asmore —dijo Bardaen, continuando con la conversación anterior—. Durante años y años hemos estado esperando una oportunidad, y ahora se ha presentado. No estamos dispuestos a dejarla escapar. Ustedes nos ayudarán a restablecer la verdadera ley en Júpiter. Con su ayuda derrocaremos el régimen actual y venceremos a Saturno.

Mientras hablabas se había ido animando progresivamente, y estaba poseído de un gran entusiasmo que le hacía brillar los ojos con fulgores metálicos.

Walter se sintió completamente desconcertado por la actitud del joven. Durante un momento pensó si habría perdido el juicio y miró a Gladys, esperando que corroborara sus ideas.

—No acabamos de entenderle, señor Bardaen —expresó la muchacha con suavidad—. ¿Cómo pretende que le ayudemos nosotros, si apenas hace hora y media que nos ha salvado de caer en las garras de los agentes del gobierno que tanto detesta? ¿De qué forma podemos secundarle en sus propósitos?

Bardaen lanzó una carcajada y sus facciones sufrieron un cambio radical. Los ojos dejaron de brillarle y una sonrisa llena de franqueza descubrió sus blancos dientes.

—Perdónenme—dijo—. Por unos momentos me he dejado llevar de la pasión y no me he expresado bien. Pero ya falta poco para llegar a las letrinas… ¡Sí!, amigos míos—afirmó, al ver el gesto de asombro de sus interlocutores—. A las letrinas que hay bajo la ciudad donde les persiguieron tan encarnizadamente. En ellas tenemos nuestro cuartel general, y, desde allí asestamos nuestros golpes. No tardarán en estar ustedes ante nuestro jefe, y él les explicará lo que pretendemos de ustedes. Seguramente, les propondrá un pacto de ayuda mutua y, si aceptan, nos enfrentaremos abiertamente con los tiranos de Júpiter.

Walter comprendió que las palabras de Bardaen marcaban el fin de los informes de índole política y cambió el rumbo de la conversación.

—En mi confederación, señor Bardaen, las letrinas suelen estar en el subsuelo de las ciudades, no arriba, como en ese túnel donde nos libraron de caer en manos de la policía.

—Aquello no era un desagüe, comandante. Esos conductos que hemos recorrido al principio y por los que caminamos aún, se hicieron hace siglos. Entonces nuestra técnica no estaba tan avanzada y había que inyectar el aire en las ciudades. Ahora se fabrica artificialmente, y estos túneles han caído en desuso. Nosotros los utilizamos para nuestros fines y en ellos combatimos ventajosamente a la policía, que no se atreve a introducirse nunca por aquí. Les hemos escarmentado varias veces.

El coche se detuvo en una pequeña plazoleta y fue aparcado junto a otros.

El grupo volvió a descender por unas escaleras semejantes a las anteriores. Parecía que el viaje no tenía fin, como si el destino de la reducida tropilla fuera llegar a las mismas entrañas del inmenso planeta.

¿Qué nuevas sorpresas les aguardarían al final del viaje?

Walter se formuló la pregunta y, por más que se torturó no pudo hallar una respuesta. Desde que entró en Júpiter todo había resultado tan raro, tan sorprendente y misterioso, que la lógica fallaba continuamente.

Capítulo VII

RULKY, DWAS se retrepó en la tosca silla y encendió un cigarrillo sin apartar sus sagaces ojos del rostro de Walter.

—La situación es tan difícil para ustedes como para nosotros—dijo con énfasis—. Sin nuestra ayuda, los ejércitos que ha enviado su confederación permanecerán indefinidamente en el espacio. Jamás podrán escapar a los invisibles lazos que los retienen. Nosotros tampoco podremos asestar el golpe definitivo al gobierno de Júpiter, ya que carecemos de armas y elementos. En realidad, no somos más que un reducido grupo de hombres, casi todos demasiado jóvenes, como ha podido ver, y que, pese a la buena voluntad que nos anima, no podemos combatir contra las bien organizadas fuerzas del gobierno. En fin, comandante Asmore, dos fuerzas, animadas del mismo deseo, se preparan para conseguir la misma finalidad. El general Mankiewicz, su jefe, merodea en torno a nuestro mundo, pero no puede atacar, ya que ha sido inmovilizado por fuerzas indestructibles. Yo y mi gente, estamos dentro de Júpiter, pero tampoco podemos nada por nosotros mismos. Y usted, perseguido y acosado, desconectado de su jefe y sin nuestra ayuda, condenado irremisiblemente a caer en manos de los sicarios del gobierno.

Dwas hizo una pausa y agregó:

—El todo constituye un buen explosivo que hará saltar el gobierno si le ponemos el fulminante adecuado.

Walter cogió el cigarrillo que le alargaba Gladys y fumó en silencio durante unos segundos.

Las palabras del jefe de la resistencia, eran dignas de meditarse con calma.

—¿Y ese fulminante?…

La interrogante flotó en el tranquilo ambiente de la habitación subterránea.

La pieza era de reducidas dimensiones y las paredes estaban sucias y desconchadas. El aspecto general era el de una covacha, amoblada con una tosca mesa de madera y varias banquetas que la rodeaban sin el menor sentido de la estética. Diversos mapas estaban clavados sobre las paredes, quizás con el fin de tapar los grandes desconchones, donde la humedad clavaba sus mohosas huellas.

Frente a Walter, y detrás del jefe de los guerrilleros, había un gran aparato radiovisor, coronado por una monumental pantalla.

—El fulminante a que me refería, comandante—contestó Dwas—, es usted. Usted es la única materia que hará detonar este «cocktail» de fuerzas que destrozará al gobierno que tiraniza a Júpiter.

El muchacho le miró con sorpresa, sin adivinar dónde quería ir a parar su interlocutor.

Gladys se cogió a un brazo de su prometido, como si quisiera protegerlo, de los nuevos peligros que adivinaba en las palabras del jefe de los rebeldes.

—Usted definió antes muy bien mi situación dentro de este desconcertante planeta al decir que me hallo perdido; ¿qué puedo hacer yo en esta caótica situación?

Dwas abandonó su asiento y se acercó al radiovisor. Hizo varias conexiones y movió los mandos hasta que la pantalla se iluminó mostrando el satélite artificial, sede de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario.

Walter y la muchacha se acercaron a la pantalla y miraron con interés.

Sucesivamente fueron apareciendo cientos de satélites parecidos a la base policíaca.

Los había de proporciones inmensas, que semejaban mundos; otros, eran más pequeños, pero en todos había millares de astronaves y millones de robots.

Una extraña inmovilidad se observaba en los satélites, que parecían cuerpos muertos, clavados en el espacio.

—Este es el ejército que el presidente de1 su confederación envió y puso a las órdenes del general Mankiewicz para derrotar a Júpiter, comandante Asmore—. «Las fuerzas armadas del gobierno han probado todas las armas de que disponen para destruir a su jefe, pero las cortinas

de protección que cubren sus bases han hecho fracasar cuantos medios destructivos se han utilizado. Sin embargo, un arma desconocida hasta ahora ha inmovilizado a su general. No me cabe duda que a estas horas, los fríos habitantes de Saturno estudian un arma que resulte eficaz contra esas coberturas. A la larga, la conseguirán, y, entonces, la destrucción de todo ese ejército será un hecho».

—¿Y pretende que yo lo evite?—inquirió Walter, sorprendido.

—Pretende, únicamente, ponerme en contacto con su jefe y operar conjuntamente. El, desde fuera, y nosotros, desde dentro, ganaremos la batalla. Una vez dominado Júpiter, Saturno será vencido con rapidez. Sin hombres que cooperen, no pueden utilizar las armas ni ofrecer gran resistencia.

—Lo que pretende es bien sencillo, señor Dwas. Ese radiovisor le pondrá en contacto con mi jefe en contados segundos, y yo le garantizaré sus buenas intenciones. Mi presencia aquí, y mis palabras, serán un aval para usted, si eso es lo que pretendía…

—Eso es lo que deseo, amigo mío—le interrumpió el jefe de los rebeldes—, pero no de la forma que usted dice. Ese aparato no puede lanzar al éter ninguna llamada. Los detectores del Estado la registrarían y nos localizarían inmediatamente. Además, no podríamos hablar con su jefe, porque interferirían la llamada.

—Diga de una vez cuáles son sus propósitos, señor Dwas. Estoy dispuesto a secundarle, si con ello puedo ayudar al general.

—Siéntese y hablemos con tranquilidad. ¿Estaría usted dispuesto a poner en grave riesgo su vida en una misión… digamos… muy escabrosa?

—En el cumplimiento de una misión parecida salí del ámbito de mi confederación, y aún no la he terminado.

—Pues bien, comandante. Mi plan es el siguiente: En un lugar secreto, pero que yo conozco, hay una ciudad. En su interior están instalados la totalidad de dispositivos y servomandos que manejan las armas del gobierno que hoy regenta a Júpiter…

—Ya…—exclamó Walter, suponiendo dónde iba a parar su interlocutor—, Usted se refiere a la sala secreta. La hermana gemela de la que destruí en el ministerio de Defensa Interior.

—Exacto, amigo mío. Si está usted dispuesto a destruir esa sala y los mecanismos que alberga, habremos encontrado el fulminante a que antes me refería. Inmediatamente quedarán en libertad las fuerzas del general Mankiewicz. Los prisioneros de su confederación recobrarán la

voluntad, y los millones de personas que están a nuestro lado, se sacudirán el terror que les aprisiona. ¿Se da cuenta de lo que esto significa?

—Me doy cuenta. ¿Dónde está esa ciudad y cómo puedo ejecutar mi tarea?

Dwas sonrió ante la decisión de Walter. Le gustaban los hombres como el comandante, que iban derechos a su objetivo despreciando los peligros.

—Eso lo trataremos después—contestó—. De momento, queda bien sentado que usted está dispuesto a inutilizar los dispositivos que cautivan a su jefe. Esta es su parte en este complicado plan. La mía será avisar al general en el momento que quede libre y allanarle el camino para la invasión. También me encargaré de producir un levantamiento general entre nuestros simpatizantes, armarlos debidamente y dirigirlos contra los principales núcleos defensivos. ¿De acuerdo?

—Por completo—aseguró Walter con un gesto lleno de decisión. Y como para darle más firmeza a sus palabras, estrechó con fuerza la mano del jefe de los guerrilleros.

Gladys se apretujó contra Walter, presintiendo que su amor iba a pasar por nuevas y peligrosas crisis.

—Yo te acompañaré dondequiera que vayas, querido—dijo temerosa, ante la negativa que esperaba.

—No, pequeña. Tú has pasado demasiados peligros. Te quedarás aquí y, a mi regreso, nos casaremos sin demora.

Gladys fue a protestar enérgicamente, pero Dwas se lo impidió con pretexto de ultimar el plan de ataque a la ciudad secreta.

***

La fila de hombres avanzaba trabajosamente a lo largo del alcantarillado; Walter marchaba en cabeza, acompañado de Molt Bardaen.

Para la misión que pretendía llevar a cabo, el jefe de los guerrilleros había puesto a sus órdenes el mismo comando que le salvó a él y a Gladys, cuando estaban a punto de ser atrapados por la policía jupitense en la autopista que iba a Zaigd.

En todos los rostros se atirantaban los músculos faciales por la enorme tensión a que estaban sometidos los hombres.

Varios días de laboriosa caminata a través de innumerables

pasadizos, no habían enfriado sus valerosos ánimos ni les había arrancado una protesta. Estaban decididos a llegar hasta el final, cualquiera que éste fuese.

En todas las mentes había una sola idea. Cubrir su objetivo o morir. No había otra alternativa. Lo sabían desde el mismo momento en que salieron voluntarios para realizar la peligrosa hazaña.

Pero la muerte no asustaba a ninguno de los componentes del reducido comando.

Walter los había estudiado durante los días que llevaban juntos y estaba plenamente convencido que ninguno retrocedería ante ningún peligro que pudiera surgir.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a esa dichosa ciudad?—preguntó, deteniéndose un instante.

—Calculo que mañana estaremos en sus inmediaciones—respondió Bardaen, que hacía las veces de guía y segundo jefe de la guerrilla—.

—Sería conveniente que dieras un pequeño descanso a los muchachos—agregó—. Dentro de unos momentos llegaremos al final de nuestro viaje por las letrinas y tendremos que efectuar una fatigosa ascensión. Ya conoces las escaleras que utilizaban nuestros antepasados, y conviene que estemos descansados.

—¿Es imprescindible que subamos a los antiguos tubos de ventilación?—inquirió Walter. —Sí. Cuando se instaló la ciudad que vamos a atacar, se cegaron las alcantarillas en un gran perímetro. Los tubos de ventilación llegan un poco más allá, pero ya te advertí que los últimos cinco kilómetros tendremos que cubrirlos por la autopista que va a la ciudad. No tendremos posibilidad de escondernos.

Walter ordenó un descanso de diez minutos, y todos los hombres soltaron las pesadas impedimentas, tendiéndose en el suelo y fumando con voluptuosidad.

Walter y Bardaen se alejaron unos metros, a fin de no ser oídos por los demás.

—Quiero que me expliques nuevamente, sobre el plano, todo lo relativo al acceso a la ciudad.

Bardaen extrajo de uno de sus bolsillos un mapa y lo extendió sobre el suelo. Los dos jóvenes se acuclillaron junto a él, y sus ojos recorrieron los trazos que delimitaban el objetivo.

—Esta es la línea de los colectores—dijo Bardaen, señalando con el índice una roja raya—. En este momento estamos aquí, y, como ves, a unos cien metros, arrancan unas escaleras que conducen a las cañerías

de ventilación. Tendremos que continuar por ellas hasta este punto. Entonces, saldremos a la autopista, a una distancia de cuatro kilómetros, doscientos metros de la puerta de la ciudad. Este último trayecto lo cubriremos lo más rápidamente posible, procurando que la alarma no se produzca. A todo lo largo de la carretera hay dispositivos que efectúan un escrupuloso control. En el momento que salgamos de los tubos de inyección, tú eres el que ha de tomar la iniciativa.

—El único factor que puede ayudarnos, es la sorpresa—contestó Walter—. De ella pienso valerme, y espero que nos dé buen resultado. Y ahora, vamos junto a los chicos; quiero dejar esbozado mi plan.

Los seis hombres se incorporaron un poco al verlos llegar y esperaron, tensos.

—Oídme, muchachos—dijo Walter, con el mismo acento que si fuera a exponer una cosa sin importancia—. Como sabéis, la ciudad está situada en una especie de fondo de saco. No existe más que una entrada. Una puerta que, según las noticias que tenemos, permanece constantemente cerrada por un muro de materia pura. Creo que dos hombres privados de voluntad son los que manejan los servomandos que levantan la barrera y franquean el paso. Pero, para que esto suceda, las personas que van a entrar tienen que identificarse previamente por medio de células fotoeléctricas. Si me equivoco en alguna de mis apreciaciones, decídmelo. No podemos hacer hipótesis sobre bases falsas.

—Cuando alguien llega ante la puerta—agregó Bardaen—, hay unos dispositivos fotoeléctricos que reconocen al visitante y, mediante examen radioeléctrico de la documentación especial que facilita el gobierno a las personas autorizadas a entrar en la ciudad, lo comunica a un cerebro electrónico que hay en el edificio de controles. Cuando este cerebro da el visto bueno, ordena a los dos autómatas que dejen el paso libre y, entonces, se puede avanzar. Pero hay una segunda barrera que no se levanta hasta que ciertos aparatos dan la conformidad, anunciando que los visitantes no llevan ninguna clase de armas. Entonces se cierra la primera puerta y se abre la segunda. Como veis, nuestro objetivo está bien guardado.

Walter esperó a que las ideas calaran bien en el cerebro de sus hombres y, cuando hubo trascurrido varios segundos detalló su plan. Un plan que a él mismo le produjo escalofríos.

Todos sabían que la ciudad estaba repleta de «Bolas de humo», aquellos peligrosos entes que dirigían a los dos o tres centenares de

hombres que habitaban en la ciudad y que estaban privados de la voluntad.

En el momento que traspasaran las barreras, no habría forma de salir, si no era venciendo todos los obstáculos que se les iban a presentar.

Capítulo IX

BARDAEN descorrió una trampilla, y un chorro de viva luz se introdujo en el trozo de cañería que ocupaba el reducido comando.

Walter lanzó una mirada a la iluminada autopista que se extendía debajo.

Sus ojos vagaron en una y otra dirección sin descubrir ningún automóvil. Aquel camino era poco transitado, ya que conducía solamente a la ciudad donde estaban instalados los controles y, a ella tenían acceso pocas personas.

Comprobó la hora en su reloj. Las agujas fosforescentes marcaban las dos menos diez de la madrugada.

Hizo una seña con el brazo y los hombres lanzaron una escala hacia abajo.

Unos tras otro, los componentes del grupo se deslizaron ágilmente por las cuerdas.

Excepto Brast, todos vestían los trajes elásticos especiales para impedir ser detectados por la policía de Saturno.

Pendientes del cuello por finos cordones, llevaban unos discos dorados de diez centímetros de diámetro, y en las caderas sobresalían las abultadas fundas que contenían las pistolas ametralladoras.

Walter y Bardaen llevaban, además, pendientes de las espaldas, sendas mochilas conteniendo los explosivos luminosos de alto poder destructivo, destinados a volar la sala secreta de controles.

Transcurrieron varios minutos llenos de tensión.

Walter volvió a consultar la hora y dijo:

—Faltan dos minutos para que llegue el coche que esperamos. Adelante, Brast.

El nombrado caminó hasta el centro de la pista vistiendo un flamante uniforme de oficial de la policía jupitense. Los demás se escondieron en una pequeña cavidad destinada a guardar útiles de limpieza.

Los segundos volvieron a pasar con torturante lentitud, repletos de ansiedad. La acción iba a dar comienzo en cualquier instante, y la breve espera parecía eternizarse. Salers extrajo un cigarrillo, sin darse cuenta apenas de lo que hacía. Jols se lo arrebató de los labios sin decir nada y lo estrujó con fuerza hasta desmenuzarlo. Algunos suspiros entrecortados escapaban de vez en vez de las gargantas, y los ojos miraban ansiosos a la brillante autopista.

El gran coche aéreo apareció a lo lejos.

Todas las pupilas se clavaron en él, siguiéndolo en su rápido avance.

Brast se dirigió hacia la sección de carretera que ocupaba el vehículo y, adoptando un gesto de fastidio, esperó hasta que el automóvil estuvo a una veintena de metros. En ese momento se irguió e hizo señas con la mano para que se detuviese.

Durante una décima de segundo pareció que el conductor iba a esquivar al muchacho y continuar, pero enseguida cambió de parecer y la potente columna de aire que accionaba el freno agitó el uniforme de Brast.

El joven acercóse decidido hasta la cabina donde iba el único ocupante y empezó a dialogar con él, mientras disimuladamente extraía la mano del bolsillo empuñando una pistola.

La cara del conductor expresó un cómico asombro cuando vio el arma a dos dedos de sus narices y observó la presencia del resto del grupo.

El militar fue transportado sin muchas contemplaciones al escondrijo donde había permanecido el comando y se le despojó del uniforme.

Walter se lo encasquetó encima del traje elástico, mientras los muchachos ataban y amordazaban concienzudamente al prisionero.

La primera parte del plan había salido a las mil maravillas.

Los ocho jóvenes se acomodaron en el interior del vehículo, y éste partió a toda velocidad hacia la ciudad misteriosa donde tenían que dar la alarma.

Varios aparatos salieron de las mochilas, y diestramente manejados, destellaron con pálidos reflejos en dirección a los dispositivos de alarma, interfiriendo sus ojos electrónicos e impidiéndoles operar.

No tardaron en llegar al final de la autopista que, en los últimos

kilómetros se había estrechado sensiblemente hasta medir ocho metros.

La puerta de la ciudad se presentó ante sus ojos inopinadamente.

Era una enorme cavidad ovalada y estaba obstruida por algo que se parecía extraordinariamente a los muros que encerraron a Walter y a Gladys en la autopista de Zaigd.

Bardaen y los demás componentes del grupo se dejaron caer al fondo del vehículo, mientras los aparatos de interferencias lanzaban torbellinos de ondas concéntricas en densas oleadas.

Walter se envaró ante el salpicadero.

Los ocho hombres sintieron sus pulsos golpear aceleradamente. Las respiraciones se contuvieron ansiosamente, como si los detectores electrónicos pudieran apercibirse de su presencia.

El automóvil se detuvo, meciéndose con suavidad.

Durante varios segundos, que se hicieron interminables, todo continuó igual. Al otro lado de la semitransparente barrera, se movieron dos siluetas calmosamente.

La hombrera izquierda del uniforme que vestía Walter emitió unos leves destellos.

La identificación había dado comienzo. Y la tensión del momento puso extraños nudos en las resecas gargantas de los ocho hombres.

El silencio dentro del coche, era absoluto. Nadie se atrevía a despegar los labios ni a hacer el menor movimiento. Se miraban unos a otros con una trágica interrogante en los ojos.

El translúcido obstáculo se corrió a un lado tan silenciosamente que Walter tardó una décima de segundo en apercibirse.

Cuando llevó la mano al conmutador de velocidad, tocó levemente el hombro de Bardaen, que se agachaba junto a sus piernas.

El segundo jefe del comando rebulló levemente y afirmó con la cabeza, indicando que se había enterado de la señal.

Walter accionó los mandos, y el coche avanzó lentamente unos cuantos metros. Se detuvo junto a los dos hombres automatizados, que le miraron inexpresivamente. La primera barrera había sido traspasada.

El comandante de la Policía Especial saltó al suelo por el lado contrario a los dos hombres sin voluntad. Iba desarmado. La mochila que había llevado desde que saliera del cuartel general de los rebeldes quedaba en el asiento del coche, junto con el disco dorado y la pistola ametralladora. Para la acción que se proponía llevar a cabo era indispensable el abandono de las armas.

Caminó lentamente por la especie de corredor en que se había

convertido la autopista. Iba erguido en toda su estatura y sus pasos eran firmes, tranquilos, reposados. El dueño del uniforme qué vestía no hubiera andado con tanta soltura.

A veinte metros de sus compañeros se detuvo ante dos casetas que flanqueaban el pasadizo. Dos columnas de luz brotaron de unos grandes aparatos y recorrieron su cuerpo escrupulosamente.

Al extinguirse la luz, Walter avanzó nuevamente hacia la segunda muralla de materia, situada a diez metros de distancia. Su hombrera izquierda volvió a destellar con reflejos amarillentos.

Y el segundo obstáculo se movilizó hacia un lado, tan silenciosamente como el primero se estaba cerrando.

Inmediatamente, los componentes del comando se precipitaron a una trepidante acción.

Bardaen saltó del coche seguido por seis hombres que parecían otros tantos torbellinos.

El segundo jefe del grupo se dirigió a los servomandos que manejaban los hombres autómatas y disparó repetidas veces la pistola. Una sutil columnilla de humo fue todo lo que quedó de los mecanismos.

Mientras tanto, Brast y Polk habían dejado inconscientes a los dos guardianes, de sendos culatazos en la cabeza.

Salers y Wayr se habían dirigido a la carrera a los dispositivos que servían para registrar electrónicamente a los visitantes, y sus armas trepidaron a un ritmo enloquecedor, destruyendo hasta el último de los eficaces aduaneros.

Wíhp y Jols llegaron junto a Walter y, soltando la mochila y las armas del comandante, se dirigieron hacia los servomandos de la segunda barrera.

Las pistolas ametralladoras escupieron cortos y apretados haces de radiaciones, que volatilizaron hasta la última conexión que accionaba la segunda barrera de materia.

Walter, mientras tanto, se había quitado precipitadamente el uniforme y estaba terminando de ceñirse la mochila.

Unas rápidas carreras reunieron al grupo junto a su jefe.

Todos miraron fascinados hacia adelante. Allí, a escasos metros de distancia, estaba la ciudad, y perdida en su interior, la sala de controles que tenían la misión de destruir.

La entrada, que parecía imposible, había sido superada. Atrás quedaban 1a s dos barreras. Una de ellas, cerrada a todo evento. Nadie podría entrar ni salir sin reponer los mecanismos destruidos. A partir de

aquel momento, los ocho hombres estaban presos de su aventura. No había más salida que cubrir su objetivo o morir a manos de sus enemigos. Un helado escalofrío recorrió ocho columnas vertebrales, en el mismo momento en que se producían infinidad de parpadeos luminosos que se asemejaban extraordinariamente a fuegos fatuos.

Ocho pares de ojos se clavaron en el interior de la ciudad. Un interior que estaba oscuro, semejando una noche iluminada tenuemente por el lejano fulgor de las estrellas.

Pero allí no había tales astros. En cualquier punto, que no se podía precisar por falta de luz, brillaba un pequeño disco plateado que emitía una luz fría, de reflejos metálicos.

—Es el sol de esta ciudad—aclaró Bardaen, hablando con rapidez—. Una imitación de nuestro sol, según lo ven los habitantes de Saturno.

—Y esos fuegos fatuos que vienen hacia acá, es la policía—agregó Wayr—. La alarma se ha producido y nos están buscando.

—¡Adelante! Seguidme, procurando hacer el menor ruido posible.

Un parque se extendía ante su vista.

Los ocho, hombres se introdujeron entre una enmarañada vegetación.

Las plantas se agitaban extrañamente al ser desplazadas con violencia. Parecían estar formadas por algo de consistencia débil, pero que se resistía tenazmente a la marcha de los hombres, enroscándose a sus miembros. Las hojas, pequeñas y lanceoladas, producían un misterioso cabrilleo fosfórico. El aire estaba impregnado de fragancias desconocidas que sensibilizaban los órganos olfatorios con una mezcolanza de exóticos perfumes.

El grupo se reunió bajo un espeso macizo vegetal, respirando dificultosamente. El aire estaba impregnado de una humedad caliginosa que fatigaba extraordinariamente los pulmones.

Una mirada hacia arriba les demostró que estaban siendo buscados sañudamente por millones de burbujeantes agentes.

No tardarían en dar con ellos, pese al camuflaje que los grisáceos trajes les proporcionaban.

Todas las manos se dirigieron ansiosamente hacia los discos dorados que colgaban de sus cuellos.

Varios centenares de hombres sin voluntad salieron de una fila de construcciones que limitaban el parque y vagaron en la oscuridad, fantasmagóricamente. En sus manos empuñaban armas con dispositivos de radiaciones infrarrojas.

—Si nos enfocan con cualquier arma de ésas, nos haremos perfectamente visibles y terminarán— con nosotros— dijo Walter con sequedad.

—Tampoco podemos disparar contra ellos o las burbujas—dijo Bardaen—. Sería tanto como decir el sitio exacto donde estamos.

—Y la sala de controles debe estar rodeada de enemigos. Se habrán figurado que nuestra presencia aquí no tiene otra finalidad— concluyó Walter—. Voy a deciros el plan que se me ha ocurrido. En grupo, jamás conseguiremos llegar a nuestro objetivo. Tenemos que separarnos. Lo haremos por parejas y cada dos hombres se encargarán de una misión. Brast y Polk, os dirigiréis a través de la ciudad. Uno de vosotros manejará el detector para localizar el sitio donde están las instalaciones de servomandos. El otro portará los explosivos que voy a entregaros. Cuando halléis el objetivo, procurad volarlo en el menor tiempo posible. Aquí tenéis —dijo, entregando una parte del contenido de su mochila—. Salers y Wayr, marcharán en aquella dirección—señaló a la izquierda de donde estaban—. Vuestra misión es merodear de un sitio a otro y atraer la atención de los hombres autómatas y de la policía. Whip y Jols marcharán directamente a esas construcciones y las destruirán. Con ello se verán perseguidos por un gran contingente de fuerzas. Bardaen y yo, marcharemos hacia la derecha y haremos todo lo posible por distraer al mayor número de enemigos que podamos. Queda bien entendido que nuestra única misión consiste en dar facilidades a Brast y a Polk para que ejecuten mis órdenes. Id saliendo por parejas, según vaya nombrando.

Los comandos fueron saliendo del refugio vegetal, con intervalos de treinta segundos.

Cuando Walter nombró a Brast y a Polk, se arrastraron sigilosamente entre las plantas y, al fin, corrieron hacia un extremo de las construcciones que iban a destruir Whip y Jols. Se veía que pretendían rodearlas por el extremo derecho.

—Creí que la voladura de la sala de controles estaba reservada a nosotros—dijo Bardaen con desencanto.

—Y así es, amigo mío—afirmó Walter, quedamente.

El muchacho le miró sorprendido y dijo:

—No te comprendo, Walter. ¿No has ordenado?…

—Sé muy bien lo que he mandado, Molt. Lo que tú ignoras es las razones que me han inducido a proceder de tan extraña manera. Nuestros seis compañeros están destinados únicamente a cebo. Caerán

prisioneros o morirán antes de que transcurran muchos minutos. Me duele haberlos enviado a tan cruel destino, pero es la única oportunidad que tendremos tú y yo de alcanzar el objetivo previsto y volarlo. Detendrán a los chicos y les interrogarán en forma que no puedan ocultar lo que saben. Los hombres que guardan la sala de control se tranquilizarán al saber detenidos a los dos que he destinado para la destrucción de los controles y, desde este momento, nos buscarán a ti y a mí sin demasiado ahínco, ya que estarán persuadidos de que nuestra labor es de entretenimiento. Y ahora, basta de explicaciones. Prepara el detector ultrasónico y adelante. Los segundos tienen un valor incalculable y hemos de aprovecharlos al máximo.

Salieron del macizo de plantas en el momento que millares de fulgores se clavaban como dardos en la oscuridad nocturna.

Las construcciones que habían albergado a los hombres sin voluntad, acababan de ser desintegradas.

Verdaderas bandadas de burbujas fluorescentes volaron raudas hacia la masa de humo en que se habían convertido los edificios.

Unos segundos después, se vieron brotar gruesos haces de rayos que hendían las tinieblas, dando la sensación de potentes reflectores.

Walter y Bardaen comprendieron que los discos dorados habían entrado en funciones destruyendo a la policía de Saturno. Los rayos que brotaban de aquellas armas eran de la misma composición que los del reloj que Walter le quitara al ministro de Defensa Interior.

Los autómatas corrieron desalentados en dirección a sus destruidos albergues y sus armas destellaron en la noche con trágicos parpadeos.

Walter y Bardaen corrieron hacia la derecha, aprovechando la confusión.

No tardaron en dejar atrás el parque y caminaron entre una extraña aglomeración de gigantescos conos rojizos.

—Estas son las casas de los habitantes de Saturno—dijo Bardaen, sin dejar de correr junto a Walter y con el detector en la mano.

Las casas cónicas ocupaban un gran espacio de terreno y se diseminaban formando misteriosos dibujos. Los dos muchachos se veían continuamente precisados a cambiar de dirección, siguiendo las estrechas y enarenadas avenidas.

A través de la oscuridad, divisaron algunas vaporosas masas que evitaron cuidadosamente, sabiendo que se trataba de las «bolas de humo».

Y en aquel momento, a cincuenta metros, empezaron a destellar dos

pistolas ametralladoras.

Wihp y Jols, que habían marchado en la misma dirección, acababan de ser descubiertos por una patrulla de hombres sin voluntad. Los dos comandos corrían desenfrenadamente, disparando para contener a los atacantes que les acosaban con sus armas. De pronto, una pistola se silenció y en su lugar brotaron los gruesos chorros de radiaciones producidas por el disco. A la fulgurante luz de los rayos, se vieron innumerables masas que parecían materializarse en la oscuridad. Los grises entes de Saturno habían entrado en la lid y estaban siendo desintegrados rápidamente por los valerosos comandos.

La acción duró varios minutos, que Walter y su compañero aprovecharon para alejarse con rapidez buscando con el detector el desconocido emplazamiento de la sala de controles.

La lucha en aquel sector se extinguió tan rápidamente como había empezado. Walter apretó los labios con rabia. Cuatro de sus hombres estaban muertos o en poder del enemigo.

Una extraña cúpula de materia roja atrajo su atención.

El joven dio un codazo a Bardaen y los dos se dirigieron hacia la misteriosa construcción.

Y en aquel momento, el detector que portaba el segundo jefe del grupo empezó a chascar débilmente. Su aguja señaló con obstinación al casquete que parecía brotar del suelo.

Una patrulla de hombres autómatas les hizo lanzarse al suelo.

Los hombres avanzaban en dirección oblicua al punto donde se hallaban.

Una densa nube de burbujas se arremolinó en todas direcciones y, por fin, tomaron el mismo rumbo de los hombres. Del campo de conos que habían dejado atrás, brotaron infinidad de sutiles bolas y se desplazaron en la misma dirección, pasando junto a los dos muchachos.

—Brast y Polk han sido descubiertos—dijo Walter.

Y como si los hechos quisieran corroborar sus palabras, dio comienzo un terrible combate a menos de un kilómetro de la cúpula que atraía su atención.

Los disparos brotaron, al principio, desde una depresión del terreno, pero inmediatamente las armas de los hombres autómatas entraron en acción y los dos comandos quedaron encerrados en un cerco de luz. Un cerco mortal.

El inmenso ejército de burbujas sobrevolaba el escenario del combate y de vez en vez, producían reflejos sangrientos, cuando

tropezaban con algún rayo. Las bolas de humo se habían concentrado alrededor del campo de batalla y se movían de un sitio para otro con agitación. Como si pretendieran animar a los combatientes con su presencia.

Pero los dos comandos eran hombres muy decididos. Luchaban desesperadamente, imbuidos de que su deber era llegar ante la cúpula y destruirla.

En una furiosa arremetida, rompieron el cerco que les cerraba el paso y avanzaron disparando sus armas rabiosamente.

Ya no les separaba de su objetivo más que seiscientos pasos y se detuvieron un momento, como si acumulasen las energías necesarias para cubrir el último trayecto.

Entonces se formó un caos de luchadores. Todos a una, fueron contra los dos valerosos jóvenes. Las fosforescentes pompas que constituían la policía de Saturno, se dejaron caer y danzaron alocadamente en torno a los dos muchachos, que adoptaron el aspecto de dos antorchas que ardieran con furioso y helado llameo.

Los autómatas avanzaron con las armas apercibidas, pero sin atreverse a disparar, seguramente por impedirlo los dispositivos que les gobernaban, ante el temor que los explosivos que portaban los comandos pudieran dañar la translúcida sala de controles.

Hasta los entes vaporosos se precipitaron en compactas y gaseosas masas en el campo de batalla.

Brast y Polk luchaban a la desesperada, sin concederse la menor tregua.

Disparaban a dos manos y utilizaban indistintamente las pistolas ametralladoras o los discos dorados que pendían de sus cuellos y que destruían por igual al fosfórico ejército policíaco y a los grises e incorpóreos habitantes de Saturno.

El humo resultante de la desintegración masiva de tantas materias formaba un halo luminoso que rodeaba el lugar de la batalla.

Walter y Bardaen habían llegado, mientras tanto, a la rojiza cúpula y asistieron, paralizados por la emoción, a la épica lucha de sus dos esforzados compañeros.

Una puerta se abrió en la materia del recinto que ubicaba la sala de controles, y numerosos vehículos salieron a toda velocidad con dirección al lugar de la batalla.

Walter se rehízo de la admiración que le embargaba y, dando un codazo a su compañero, se adentró en su objetivo.

Su plan había dado el resultado apetecido. El sacrificio de sus hombres no sería inútil.

Rápidamente, caminaron por una serie de corredores que describían una trayectoria circular. Cortos pasadizos los unían formando un complicado laberinto.

En diferentes ocasiones, tuvieron que recurrir a las armas, disparando contra algunos enemigos que, en su precipitada carrera, tropezaban con ellos.

Cada baja causada entre los hombres sin voluntad producía a Walter una extraña desazón, como si acabara de matar a un íntimo amigo, pero las especiales circunstancias por que atravesaban no le permitían andarse con rodeos. La misión que se les había encomendado no podía ponerse en peligro por salvar unas cuantas vidas. Ellos mismos estaban corriendo el riesgo de morir en cualquier momento. Los hombres automatizados eran sus más encarnizados enemigos en aquella ocasión.

Inesperadamente, desembocaron en una amplia sala repleta de grises y vaporosos enemigos. Cuarenta o cincuenta hombres sin voluntad apercibieron las armas dispuestos a matar.

Walter sonrió con trágico sarcasmo al pensar que, aunque muriesen desintegrados en aquel momento, su misión no fracasaría.

Los explosivos detonarían igualmente y toda la cúpula sería volatilizada. Y cuando pensaba esto, ya estaba disparando los potentes rayos del disco dorado.

Bardaen hacía uso de la pistola ametralladora produciendo un pandemónium de muerte entre sus enemigos.

La sala quedó vacía en menos de veinte segundos. Densas nubecillas de humo acre y maloliente, era todo cuanto quedaba de sus atacantes.

Cruzaron la estancia con rapidez y atravesaron una puerta.

Un suspiro de satisfacción brotó de los labios de Walter. Allí estaba lo que había ido a buscar.

Las máquinas se adosaban a las paredes, adoptando las mismas posiciones que las que destruyera en el Ministerio de Defensa Interior.

Con un ademán indicó a Bardaen que colocara los explosivos en un lugar semioculto por un tablero de conmutadores, y él se dirigió al otro extremo de la sala.

Sus ojos buscaron ansiosamente un sitio adecuado para hacer lo que se proponía. No ignoraba que cuando abandonaran la sala, se llenaría de enemigos que registrarían hasta el último rincón para dar con las cargas explosivas e inutilizarlas. Por eso había ordenado a su

compañero que pusiera las que portaba tras el tablero de controles. Pretendía engañar a sus enemigos con su hallazgo y confiarlos para dar tiempo a que estallaran las que él mismo iba a poner.

Una de las grandes máquinas destinadas a esclavizar la voluntad de los prisioneros, atrajo poderosamente su atención.

De dos zancadas llegó junto a ella y levantó la gran tapa donde se fijaba la pantalla.

Una serie de circuitos electrónicos apareció en su interior. De un rápido vistazo constató que había espacio suficiente para introducir las cargas y, sin entretenerse en sacarlas de la mochila, las depositó en el interior. Con ágiles dedos puso en funcionamiento el pequeño neutralizador de radiaciones detectoras y conectó el dispositivo que hacía las veces de detonante. Sus dedos se detuvieron una fracción de segundo cuando la aguja de tiempo giraba en su esfera. Su indecisión duró poco y, con un leve encogimiento de hombros, la graduó para que estallara a los ciento veinte segundos.

Dos minutos era todo el tiempo de que disponían para salir del laberinto que formaban los corredores y alejarse de la cúpula.

Empuñando las armas, salieron corriendo. En el momento que traspasaban la puerta de la sala, una claridad espantosa les hizo cerrar los ojos y caminar a ciegas. Por espacio de unos instantes, que se hicieron interminables, la luz atravesó sus párpados y pareció quemar sus retinas.

Cuando pasaron los efectos lumínicos, continuaron la alocada carrera, convencidos de que Brast y Polk habían preferido morir exterminando a sus enemigos, a entregarse.

Sosteniendo ligeras escaramuzas alcanzaron la puerta de la fatídica cúpula y la atravesaron velozmente.

La noche les engulló, cubriéndolos con su manto protector.

La carrera se prolongó fantástica, alucinante. Ahora los dominaba un miedo espantoso a que la explosión sobreviniera antes de haber podido escapar al peligroso radio de acción. En otra parte de sus cerebros, quedaba la ansiedad y la duda de si los explosivos serían descubiertos a tiempo e inutilizados. En tal caso, el sacrificio de sus compañeros resultaría baldío. Ellos mismos terminarían siendo víctimas de sus encarnizados enemigos.

Sus dudas se resolvieron súbitamente.

Las tinieblas que rodeaban a la ciudad desaparecieron, anuladas por un inmenso volcán de luz mil veces más potente que el sol.

Júpiter entero pareció sacudirse espasmódicamente, y los dos hombres fueron derribados con extrema violencia por una ardiente bocanada de aire que parecía provenir del mismo infierno.

Los explosivos luminosos habían realizado su cometido cuando estaban a menos de cien metros de la puerta de la ciudad.

La potente luminaria duró varios minutos. En el cielo artificial de la gigantesca caverna que había ubicado la trágica sala de controles, chisporroteaban infinidad de materias a medio desintegrar.

La densa vegetación que ocupaba el parque momentos antes, desapareció como por encanto. Las ramas se encogían retorciéndose sobre sí mismas, y algunas estallaban ruidosamente.

Los dos muchachos levantaron la cabeza y miraron hacia atrás.

Una sensación de vacío infinito les invadió.

Todo lo que quedaba de la ciudad era un gigantesco embudo cuyo vértice desaparecía en las mismas entrañas de Júpiter.

Ellos mismos estaban aferrándose a una de las requemadas paredes para no precipitarse en el fondo del espantoso cráter.

Una mirada de pavor se cruzó entre los dos hombres. Parecía que toda la vida de sus organismos se había centrado en las dilatadas pupilas y en los dedos que se engarfiaban en los salientes del terreno.

La muerte, sonriéndoles desde el profundo abismo, les hizo gatear hacia arriba.

Fueron varios minutos de lucha a brazo partido con la parca, lo que les costaron alcanzar el borde de la sima.

Un suspiro de satisfacción se escapó de sus pechos, mientras se dejaban caer en la rojiza tierra.

Un torbellino de muerte y desolación danzaba alocadamente en sus cerebros. Aún no podían comprender cómo pudieron realizar la peligrosa misión que les llevó a la misteriosa ciudad, ni cómo pudieron escapar con vida.

De pronto, Walter recordó a sus compañeros. Aquellos seis jóvenes alegres y decididos que el destino le había deparado para realizar la difícil empresa. Un rictus de amargura cubrió su semblante, al pensar que hubieran muerto en la lucha. La idea de que habían entregado sus vidas voluntariamente y en defensa de un ideal puro y noble, no era bastante para consolarle. Un regusto amargo le subió a la boca y sus ojos adquirieron un brillo acuoso. Con labios trémulos fue nombrándolos a todos, uno por uno, como si quisiera transmitirles su testimonio de admiración y gratitud. En lo más recóndito de su ser

quedaban grabados los nombres de los seis héroes que sacrificaron sus vidas en aras de la paz y tranquilidad de los diferentes mundos que integraban el sistema planetario.

Epílogo

WALTER hizo funcionar los timones de profundidad y el coche aéreo que conducía abandonó su vuelo horizontal, elevándose raudo.

A escasa distancia aparecía el satélite artificial, base de la Policía Especial de Tráfico Interplanetario.

Las cortinas de protección se abrieron para darle paso, y el comandante se adentró hasta llegar junto a la torre de control.

Un torbellino de áurea cabellera se le echó encima, abrazándolo ansiosamente.

—Creí que nunca iba a llegar este momento —dijo Gladys, acercando sus labios a los del muchacho.

—A mí también se me hizo interminable, pequeña, pero ahora estamos juntos, y así será hasta el fin de nuestros días.

Un beso largo y profundo, como su mismo cariño, rubricó las palabras de Walter Asmore.

Una tosecilla que sonó junto a ellos, los hizo separarse.

El general Mankiewicz estaba a dos pasos de distancia y los miraba con una sonrisa bonachona.

—Hasta hace poco tiempo, su primer saludo al entrar en esta base era para mí, teniente coronel Walter Asmore —dijo con alegre retintín —. Ahora parece ser que esta señorita de ojos verdes ha acaparado todo su afecto.

—¿Ha dicho teniente coronel…, señor?

—Eso he dicho. Y, ahora, añado que, haciendo uso de la autoridad que me confiere el artículo 10 de nuestro reglamento, le concedo un permiso de seis meses para que se case. Mañana quiero verlos convertidos en marido y mujer. ¡Es una orden! —concluyó, interrumpiendo a Walter, que se disponía a decir algo.

Gladys terminó de hacerle olvidar las palabras que se proponía

decir, besándolo nuevamente.

El joven se encogió de hombros y centró toda su atención en responder adecuadamente a su prometida.

A lo lejos, las astronaves y los ejércitos de robots rendían los últimos reductos del gobierno que tiranizó a Júpiter durante largos siglos.

El sol naciente anunciaba una nueva promesa de paz, y parecía ruborizarse ante la felicidad de los dos enamorados.

FIN